

## EL FETIQUISMO.\*

Todas las almas no son malhechoras: la mayor parte, por el contrario, se vá á otro mundo constituido próximamente como este. Un gran número de pueblos, sin embargo, hacen una distincion, en la suerte futura de las almas, ya segun su género de muerte, ya segun sus acciones durante la vida. En el fondo es la misma idea la que domina: la vida póstuma se determina segun la idea que las diversas sociedades humanas se forman del bien y del mal. Mientras que para los cristianos, los judios y los musulmanes, las almas piadosas van al Paraíso, y los impíos se abisman en el infierno, para los germanos y los escandinavos, solamente los bravos que morian combatiendo podian entrar en la Walhalla, y los demás eran condenados á habitar en las sombrías mansiones de Hella. La misma concepcion se encuentra con corta diferencia entre todos los pueblos bárbaros ó salvajes. Entre los feroces Dayaks de Borneo, se cree en la existencia de varios mundos futuros; los que mueren ahogados van á uno, y los que mueren de enfermedad van á otro. Si una mujer muere antes que su marido, se casa con otro entre los manes, pero á la llegada del primero debe reunirse con él. Los polinesios de Rotouma creen que las almas de los muertos van al país de los espíritus, pero que antes son agitadas por los aires en la atmósfera; que llegan al fin á Kainakaki; si son demasiado viejas y demasiado débiles, los manes que les han precedido vienen en su auxilio para conducir las almas al lugar del eterno reposo; allí las almas de los niños son cuidadas por las almas de sus padres hasta que llegan á desarrollarse; porque los polinesios no conciben la otra vida bajo un aspecto inmaterial; segun los habitantes de Tanga, los Paraísos están llenos de frutas y legumbres en abundancia, y hay muchas mujeres para los espíritus de

esa raza voluptuosa. Pero solamente las gentes pícadas, es decir, de libre nacimiento, pueden ganar el Paraíso; las almas de los demás son devoradas en el camino por el gigante Bainé.

Los aztecas de Méjico y los indios de Nicaragua, enviaban al reino del sol las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla ó inmoladas en las ceremonias religiosas, así como también las de las mujeres muertas de parto; los fallecidos por consecuencias de causas accidentales ó de enfermedades particulares, iban al Tlalocan, region encantada; los demás difuntos debian ir á pasar al mundo subterráneo, en Mictlan. Los Pawnios, los Apalachos creian igualmente que los bravos llegaban á ser los compañeros del sol. Inútilmente multiplicariamos los ejemplos; nos contentaremos, pues, con señalar en oposicion á las concepciones de las razas guerreras, la de una poblacion demasiado pacífica de Guatemala que dejaba podrir con menosprecio el cuerpo de los hombres muertos en la guerra, y que no concedia la vida feliz sino á los que morian en paz en sus moradas.

Pero, no cesaremos de repetirlo, la idea que se formaba el fetiquista de la vida futura y que ha subsistido á través del politeísmo, es una idea completamente material: las almas tienen necesidades, sienten hambre, frio, se cansan en el largo camino herizado de obstáculos que conduce á la region de los espíritus. Los negritos o Aetas, por ejemplo, de Luzon (Filipinas) hacen á los manes de sus antepasados ofrendas de arroz, cocos, etc., sepultan á sus muertos vestidos y armados; y ponen en sus tumbas alimento para muchos dias. En la comida funeraria, dejan un lugar vacío dedicado al espíritu del difunto.

Suponen que las almas de los muertos visitan algunas veces á los vivos; para asegurarse de ello cubren el hogar de ceniza, y si al dia siguiente creen distinguir la huella de un pié ó el menor vestigio del paso de algun sér, se sienten acometidos de un gran terror, porque piensan que ha penetrado un muerto para vengarse de cualquiera ofensa ó castigar algun des-

(\*) Véase el número 239, pág. 353.



cuido, y acto continuo le ofrecen algun sacrificio para apaciguarlo. ¡Cuánto remeda todo esto las costumbres europeas modernas de enterrar los muertos con los objetos que le han pertenecido, sin pensar que practican un rito funerario completamente fetiquico. Los aldeanos de Galicia y de Rusia que colocan dentro de las tumbas ó encima de ellas alimentos destinados al muerto, no se muestran ménos fetiquistas que los Aetas. Los pieles-rojas y los indios de California, que tienen cuidado de calzar á los muertos con buenos mocasines para el viaje al país de los espíritus, no son más fetiquistas bajo este punto de vista que los zuavos que meten zuecos en la sepultura, ó que los campesinos de la Erzgebirga y del Voigtland (en Alemania) que depositan en ella chanclos de goma y un paraguas. Además, el camino es largo y penoso, y la entrada en el otro mundo difícil y aun temible. En una parte el alma se ve expuesta á perderse y necesita un conductor, un perro que se sacrifica en los funerales, como en los esquimales; en otra, hay que atravesar un torrente furioso, un borrascoso mar; en otra, hay un feroz guardian que hace sufrir una prueba, y cuya gracia hay que ganarse, como en la clásica antigüedad. La distancia es mayor ó ménor, pero es necesario emprender un viaje en el que no solamente es muy útil el calzado, sino que son tambien indispensables las provisiones de boca, las armas de caza y los instrumentos de pesca. Hace frie en el camino, y, como lo pidió un piel-roja preparado á lo que para todos es el último viaje, conviene sostener un buen fuego sobre la tumba durante algunos dias, á fin de evitar al alma la fatiga de llevar una pesada provision de leña. Melisa, mujer de Periandro se apareció á su esposo para quejarse de que no le habian puesto bastante ropa sobre su pira, y tenia frio entre los manes.

En cuanto á la region donde se encuentra el país de los espíritus, varía mucho, segun los pueblos. Los jefes de los Guaycurus van á la luna, así como los jefes de otras naciones de diversas comarcas; los de los patagones, como los de los maoris, van á las estrellas; los de los Natchez van al sol, y ciertos australianos creen que las almas van más allá de las nubes; otras tribus australianas creen que los muertos desaparecen en el horizonte para volver bajo la apariencia de blancos. Pero, en general, el país de

los muertos se halla en Occidente: allí por donde el sol se hunde en las tinieblas de la noche: tal es la opinion de ciertos australianos, de los antiguos chilenos, que colocaban su Paraíso allende el Océano Pacífico, de los haitianos, cuyo eden, *Coabai*, se encontraba en los valles occidentales de la isla; el *Plu* de los karens se halla igualmente al Oeste, lo mismo que las fabulosas islas de los muertos de los algonquinos; la misteriosa *Boloton* de los polinesios está en igual direccion. Para otros muchos pueblos el otro mundo se halla bajo tierra, y los muertos bajan á él por cavernas misteriosas. En algunas partes son los volcanes los que conducen al país de los muertos; los indígenas de Nicaragua arrojaban los cadáveres en el cráter del Masayo, y en el Congo un volcan se llama el *Mullondo-Zombi* "montaña de los espíritus," porque sirve de morada á las almas de los fallecidos. Las montañas pasan tambien por estar habitadas por los manes. En Méjico, el Tlalocan estaba colocado sobre una montaña. En Borneo, en Java en Bali, la cumbre de ciertas montañas se considera como el lugar del Paraíso. Las almas no residen en el país de los muertos sino cierto tiempo. Los australianos consideran á los blancos como aparecidos; los indígenas de la Virginia tomaron á los negros por espíritus. Por otra parte, se juzga que las almas de los antepasados reaparecen al cabo de cierto tiempo en el cuerpo de sus descendientes; esta es al menos una creencia extendida entre los esquimales y los pieles-rojas, así como entre los negros de Africa, los khondos de la Judia, los maoris de Nueva-Zelanda y algunas tribus finno-ougrienses, como los lapones y los tchermisos.

La fe en la resurreccion de los muertos en un tiempo dado no es del dominio exclusivo del milenarismo occidental; es una antigua idea ligada íntimamente á la concepcion fetiquica del alma. Los egipcios, célebres por el cuidado con que preparaban sus momias para una resurreccion futura, tenian seguramente esta manera de ver de sus antepasados fetiquistas, de los que habian conservado intactas muchas partes de la herencia religiosa. En la América del Norte, un gran número de tribus, en vez de enterrar ó de quemar á sus muertos, exponen los cadáveres á la accion del aire, del sol, de la temperatura y del pico de los pájaros, colocándoles ó en



la copa de los árboles, ó sobre un andamio; despues, cuando el esqueleto está bien despojado de carne, recojen piadosamente todos los huesos, los limpian con cuidado y los sepultan cubiertos de pieles elegidas. A esta costumbre de considerable antigüedad se debe atribuir la existencia de los oteros ó *mounds* que se encuentran en número casi ilimitado sobre la ribera derecha del Mississipi, por ejemplo. Los cadáveres momificados por la desecacion que conservaban ciertos caribes, así como las diversas naciones del Perú, no tenían probablemente otra razon de ser que la creencia en una futura resurreccion del cuerpo, cuyos elementos constituidos era preciso preservar á los ojos de sus piadosos descendientes. Este temor de no hallarse en posesion de todos sus miembros el dia de la vuelta á la vida se manifiesta en muchos pueblos, como entre los chinos y los árabes, donde la mutilacion y la decapitacion son consideradas como penas mucho más severas que otras que nos parecerian más crueles.

En el fondo de todo esto hay que ver la persistencia de la concepcion de un alma material, y de la confusion que se hacia desde mucho tiempo, y todavía se hace, por los hombres, entre el cuerpo mismo y la fuerza vital que le anima. Cuando los ministros de religiones de un órden muy elevado, describen á sus fieles la vida futura, no emplean más que imágenes materiales: el infierno, aún concebido por Dante, no es más que un lugar de suplicio donde se aplican penas corporales á seres materiales; el Paraiso, tal como le conciben los cristianos, ó los musulmanes, es siempre un lugar de delicias materiales, en el que, ante todo, se satisfacen los sentidos; poco importa que sea el oido el que se deleite con la audicion de la celeste música de los ángeles, ó que apetitos más groseros encuentren alimento bajo las deliciosas umbrías frecuentadas por las hurís del Islam; nada hay en todo esto que no se asemeje á las concepciones de ciertos pieles-rojas, que creen que los buenos penetran en los territorios de caza de los espíritus, mientras que los malvados vagan errantes por fuera, presas del hambre, la sed y el frio, y en la más horrible miseria, la del hombre perdido en los desiertos, sufrimiento tan terrible como el de las calderas del diablo, donde, segun el cristiano, se fricn los condenados por la Iglesia.

En todas partes, la vida futura está calculada sobre el modelo de la vida de este mundo; el fetiquista, sobre todo, no la concibe de otra manera. El indio salvaje de los bosques del centro de la América del Sur, se imagina que, cuando muera, su alma, reunida con las de sus antepasados más allá de la cordillera de los Andes, se hartará allí de un alimento exquisito y abundante, y se embriagará con rom á su placer. En Africa están muy generalizadas las concepciones de igual naturaleza: los krons no gozan en el otro mundo de cierta consideracion, sino cuando se hallan en posesion de un crecido número de bueyes; segun la riqueza de los difuntos, se hacen grandes hecatombes en sus funerales.

Hemos visto ya lo natural que era inmolar sobre la tumba de los fallecidos, los animales cuyas almas debian acompañarles en la otra existencia; sabemos igualmente que el fetiquista, convencido de que todo tiene alma, no deja de unir á los cadáveres los objetos de que tiene necesidad, rompiéndolos algunas veces, es decir, extrayéndoles el alma al destruirlos; por eso en muchos pueblos el alma del hombre va seguida del alma de su perro de caza y de la de su caballo de guerra, y lleva la de su arco ó de su hacha. De esto á darle por compañeras y servidoras almas humanas, hay tan pequeña transicion que casi no existe, y en toda la superficie del globo podemos comprobar que en los funerales de los jefes y hombres poderosos se han practicado humanos sacrificios. En ninguna parte más que en Africa, entre los negros guineos del Dahomey, por ejemplo, podemos hallar señales más notorias de tan horrible aplicacion de la teoría fetíquica de la vida futura. La muerte de los reyes, sobre todo, va acompañada de sacrificios que promueven nuestra indignacion por la feroz alegría con que se ejecutan, y que, si son agravados en la forma por el cruel despotismo de los soberanos, no por eso aparecen ménos legítimos á los ojos del pueblo, á los de las mismas víctimas. Cuando un rey de Dahomey pasa de esta vida á la otra, se empieza por crearle una guardia del cuerpo de cien hombres inmolando á otros tantos soldados, y se lleva en seguida su cadáver á la bóveda real, donde es acompañado por ocho bailarinas de su haren y cincuenta soldados cargados de provisiones, todos los cuales se inmolan en honor del príncipe, considerándose dichosos en formar su comi-



tiva ó acompañamiento al país de los espíritus; durante tres días la bóveda permanece abierta, y todo el que quiere va á suicidarse allí; nunca faltan víctimas voluntarias, siendo por el contrario muy numerosas. Diez y ocho meses después tiene lugar la coronación del sucesor, y se hace un nuevo envío de servidores al rey difunto. Esto se llama *la gran costumbre*: millares de víctimas humanas se sacrifican; los hombres en la plaza pública; mujeres en el interior del haren; cada personaje inmola muchos esclavos; y todos se encargan de ir á probar al alma del difunto rey que se venera su memoria en sus antiguos Estados. De tiempo en tiempo se renuevan esas horribles ceremonias, porque hay que tener á los manes de los soberanos al corriente de los sucesos políticos, y no se puede hacer de otro modo que enviándoles mensajeros á quienes se mata para que puedan cumplir su misión.

Los pueblos americanos no obraban de otra manera, especialmente los aztecas, cuyos altos personajes debían ser acompañados por esclavos de ambos sexos y artesanos de todas las profesiones, á fin de no carecer de nada en el otro mundo.

En Guatemala se disputaban el honor de morir en los funerales de los caciques, porque era un medio seguro de entrar en el Paraíso reservado á los guerreros. Entre los Natchez, merecían este privilegio las gentes del pueblo inmoliando sus hijos sobre la tumba de los jefes, á cuya muerte se acogotaba á sus mujeres y sus principales oficiales. En el Perú, no obstante la dulzura relativa de la religión de los Incas, la muerte de uno de aquellos hijos del sol era acompañada de una verdadera hecatombe humana; en los funerales de Hayna Capac, más de mil individuos perdieron la vida para ir á formar una corte al príncipe difunto en el imperio de Cupay; entre las víctimas figuraban las mujeres del Inca fallecido y las vírgenes del templo del Sol. A la muerte de los grandes señores, sus esposas se sacrificaban colgándose; pero en ciertos puntos del Perú este destino no cabía más que á una sola de aquellas, todas las cuales se mostraban celosas de merecerlo. Los caribes tampoco dejaban de matar esclavos sobre la tumba de sus muertos.

En Fidji, se enterraban esclavos y mujeres con el cadáver. Los Dayaks de Borneo, esos

obstinados degolladores, están convencidos de que sus crímenes les proporcionan servidores en el otro mundo; los Kayangs, de la misma isla, hacen herir por sus mujeres á esclavos que ellos mismos acaban en las ceremonias fúnebres confiándoles mensajes para los muertos; en Bali, se inmola sobre la tumba de los sultanes un haren completo para que les acompañara en el otro mundo.

No tenemos necesidad de insistir sobre la costumbre, tan generalizada en otro tiempo entre las viudas de la India, de arrojarse en la hoguera de un esposo. El año último (1877), dos de las mujeres de Djung Bahadur, regente del Népal, se empeñaron abiertamente en sacrificarse. Hay que convenir en que el triste destino reservado á las viudas en la sociedad brahmánica no debe apegarlas mucho á la vida, y hace muy comprensible el sacrificio.

Grecia conoció los sacrificios voluntarios: Pausanias refiere que en Mesenia tres viudas compartieron la hoguera con sus maridos; Eradne obra de igual modo por no sobrevenir á su esposo; y Homero cuenta que Aquiles degolló, en los funerales de Patroelo, algunos prisioneros troyanos con los caballos y perros preferidos de su amigo. Los escitas mataban esclavos para enviárselos á Zamolxis, su héroe divinizado; en el entierro de un príncipe mogol se hiere á cuantos se encuentra, y los esclavos muertos después de haber abierto la fosa de Atila no lo fueron, sin duda, para ocultar la escultura del guerrero, como creyeron los autores bizantinos, sino por hacerle honor entre los muertos. Las tradiciones germánicas mencionan verdaderos sacrificios; Nana quemándose con Balolz, Bryuhid acostándose en la hoguera al lado de Sigurd. Todos estos ejemplos no solamente indican la idea de no sobrevivir al muerto bien amado, sino también la de seguirle más allá de la muerte, y no abandonarle nunca. Entre los antiguos esclavos existía la misma costumbre fúnebre que en los pueblos más fetiquistas: los rusos, según Ibn Fezlan, y los vendeanos, según San Bonifacio, inmolan las mujeres sobre las tumbas de sus maridos. César asegura que los galos sacrificaban esclavos y animales en los funerales de los guerreros.

Por todas partes, ó poco ménos, se encuentra el culto de los antepasados, que en nuestra sociedad actual se ha perpetuado transformándose



se en tierno recuerdo de los que ya no son. Ciertos pueblos fetiquicos no tienen, casi, otra religion que la de los manes. Los melanesios de la Oceanía se hallan en el mismo caso; un viajero alemán, M. Meyer, que ha visitado recientemente la Nueva Guinea, nos suministra interesantes detalles bajo este punto de vista, respecto á los papouas. «Veneran, dice, los espíritus de sus muertos, y esta adoracion constituye el fondo de su sistema religioso. Creen que los espíritus de sus padres muertos ejercen una grande influencia en su vida cotidiana y en su destino en general. «A su muerte, sin embargo, se adornan con flores y ramajes las casas y los barcos, para que el alma del difunto no vaya á frecuentarlos; se suspenden las ocupaciones ruidosas para no molestarles; por la misma razon que en el Congo no se barre la casa de un muerto durante un año; por la misma que hace á los Karens abandonar y dejar hundirse la cabaña donde ha ocurrido un fallecimiento; la misma que tienen los hotentotes y los esquimales para sacar los cadáveres, los unos por un agujero hecho en la pared, y los otros por una ventana, arrojando tras ellos tizonas inflamados, como otros pueblos arrojan piedras enrojadas al fuego, los Gimeses dan tres veces la vuelta á la casa, y los chinos practican un boquete en el techo cuando un enfermo lanza el último suspiro.

Estos rasgos de costumbres fetiquistas no son extraños á nuestras poblaciones europeas. ¿No lo prueba la costumbre que existe en casi toda Europa, de abrir una ventana en el momento que muere alguno? En Prusia se deja abierta hasta que se complete la inhumacion, porque si nó, el alma del difunto quedaria en estado de alma en pena, aparecido ó fantasma en su antigua morada.

En el Brandeburgo se echa agua en vez de fuego por donde el cadáver ha pasado; y en Pomerania se hace un lecho de paja á medio camino entre el cementerio y la casa mortuoria, para que el espíritu se detenga allí, en el caso de que intentára entrar de nuevo en su vivienda.

GIRARD DE RIALLE.

(Concluirá)

## LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES.

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Siempre está el hombre orgulloso de alguna resolucion ó acto de su vida que le parece digno de loa. Yo, que al parecer nada hice en la mía de notable, puedo preciarme, sin embargo, de no haber leído á Perez Escrich desde los diez años.

Fué en unas vacaciones. Habia ido á cursar mis latines á la capital. Cuando volví al pueblo, el libro, el libro de Perez Escrich, el *Cura de Aldea*, en una palabra, estaba sobre la mesa de pintado pino, tan rozagante y tan fresco como si acabase de salir de las manos de su creador. Quise recordar las emociones dulces que aquel libro me habia hecho experimentar en otro tiempo, poco despues de haber salido del claustro materno. A las pocas páginas comencé á sentir cierta pesadez en la cabeza, como si tuviese allá mucho plomo, y á las otras pocas me quedé deliciosamente dormido.

Ustedes podrán decir, señores, ¿qué no debe esperarse de un muchacho que, en tan corta edad, ya se dormia leyendo á Perez Escrich!

Han volado desde entonces sobre mi cabeza muchos vientos, ya glaciales, ya ardorosos, y he oido desde mi balcon, no sé cuántas veces, cantar á la codorniz en la vega. Y hoy, mi bello ideal consiste en no leer á Perez Escrich. Pero no puedo ménos de tenerlo en el corazon como el *Catecismo de Fleury* y el *Amigo de los niños*.

Por Perez Escrich supe yo, primero que por nadie, de la existencia de los puntos suspensivos. Cuando algun héroe de sus novelas iba á perder el juicio, nunca dejaba primero de lanzar una carcajada histérica, despues de lo cual venian dos ó tres líneas de puntos suspensivos. Por bajo de ellos decia el Sr. Escrich: «¡Estaba loco!» ó «¡estaba loca!» segun fuese varon ó hembra el demente. De otras invenciones de los hombres, no ménos peregrinas é ingeniosas, tuve yo noticia por nuestro autor, de las cuales pienso hacer, con la ayuda de Dios, el uso que más prudente me pareciese.

No sólo por haber acaudalado con preciosos datos mi saber debo estar reconocido al señor Escrich. Aún recuerdo con lágrimas en los ojos



(líquidas perlas que él llamaría) el ruido que hacían sus novelas al entrar por debajo de la puerta. Yo caía sobre ellas como el gato sobre el ratón, y con la entrega en la mano marchaba mayando á devorarla á la soledad de mi cuarto. Pero la primera entrega siempre dejaba levantado un puñal sobre el pecho de un inocente, ó cuando no, pendiente á alguno de un clavo sobre un abismo, y eran de ver entónces las ansias que á mí me entraban por saber cuántas pulgadas había penetrado la navaja ó en qué forma se había roto la cabeza aquél prójimo. El saberlo costaba dinero, que no era el señor Perez Escrich de esos que de buenas á primeras y por afición le vienen á contar á uno todo lo que ocurre, y me veía precisado á demandar socorros á mi padre. Más éste, por aquél entónces, estaba empeñado en que Cervantes era mejor novelista que Perez Escrich y solía negarlos; y entónces acudía á mi buena madre, que no profesaba ideas tan perversas. Esta descosía con mano piadosa la jareta de su faltriquera para que todas las semanas se entrasen por la casa dos reales de *Esposa mártir* ó de *Mujer adúltera*, que no bastaban, ni con mucho, para calmar los arrebatos de mi espíritu investigador. Ahora comprendo por qué he llegado á ser el mejor crítico de España.

Perez Escrich en el campo, en el círculo, en el terreno, en el estadio, en el circuito de la literatura representa una idea; es una idea. La idea de Hegel es realidad. La de Perez Escrich es entrega.

¡Ay, niñita mía, quién se volviera entrega, aunque fuese de Perez Escrich, para que tus manos blancas y fragantes como la magnolia le tomasen, para que tu regazo tan casto como la nieve de las montañas, le diese reposo!

Esto lo digo por una chica que conocí en Gijón, que se pasaba las horas muertas leyendo á Escrich. Me enamoré de ella, como era natural, y si no hubiera sido por un tío que me dijo á tiempo: «¡Pero, hombre, no comprendes que vas á cortar tu carrera!» me hubiera casado sin remisión. Pero la carrera ante todo. Ya les diré á ustedes en qué pararon aquellos amores.

Decía que Perez Escrich, como novelista, es una idea. Debo añadir que Perez Escrich.....

Mas antes bueno es que advierta que justamente porque Perez Escrich es una idea, me siento obligado á hacerle hueco en esta mi ga-

lería, ó pepitoria de novelistas. Muchos hay de los que se quedan fuera, tenidos por sí y por los demás en más estima. Pero, ¿son tan notorios? ¿Ejercen tanta influencia? En una palabra: ¿son una idea?

Queda demostrado de un modo concluyente, que Perez Escrich es el novelista que en este momento debe ocuparme. No se me tilde de crítico motólito y poco avisado.

¡Despertad, pues, recuerdos azules, verdes y carmesíes de la edad primera! ¡Salid de las argentadas y bramantes olas que lloraban noche y día debajo de mis balcones! ¡Salid de las vegas lujuriantes de maíces que crujen al viento como la seda! ¡Venid de lo alto de aquellas montañas donde blandean las nubes como banderas! ¡Venid, y decidme cómo es Perez Escrich, que ya no me acuerdo!

Pienso, si no me es infiel la memoria, que hay en las obras del Sr. Escrich algo de lo que se observa en las de Esquilo. Los caracteres del Sr. Escrich, á semejanza de los del trágico griego, son inmóviles como los peñascos, representan un sentimiento único, son personajes de un momento determinado y de una implicidad absoluta. Pero el autor de *Las Enménides* y del *Prometeo encadenado*, con tales caracteres, no lograba idear más que una situación casi fija, un cuadro delicioso, pintado con inspiración sublime, pero siempre el mismo; mientras el señor Escrich consigue tejer una acción complicada altamente dramática y llena de peripecias. Sin embargo, el parentesco de ambos ingenios no es ménos visible y paladino, por más que la distancia de los tiempos haya establecido entre ellos diferencias muy favorables al último.

Para Escrich, lo mismo que para Esquilo, hay entre el bien y el mal acá, en la tierra, el mismo irreconciliable dualismo que en el cielo. No es posible que en un mismo hombre coexistan partículas de bien y de mal. Sus personajes son siempre Urmuz ó Ahriman: ó lo que es lo mismo, cuando un personaje de Perez Escrich sale malo, no hay por dónde cogerle de pícaro y endemoniado; al paso que cuando es hombre de bien, lo es á carta cabal. El Sr. Escrich cuida también con particular esmero de unir la belleza física con la moral, prestando hermosura, fuerza y elegancia corporales á los dechados más completos de bondad. En efecto, sería cosa fatal y hasta absurda el que un jóven de cabellera ri-



zada, de ojos expresivos, de nariz recta y modales distinguidos robase unas cucharillas de plata. ¡Me encantaban á mí sobremanera aquellas tertulias de sugetos tan lindos y de tan buenas partes! Generalmente llevábanse á efecto en alguna guardilla ó sotabanco, y los que allí se reunían, más buenos que el pan candéal, solían festejar su honradez con algún extraordinario en medio de la mayor cordialidad y buen orden. Las guardillas de Perez Escrich exhalan un olor tan fuerte á virtud, que echa para atrás.

Casi siempre, en pos de la tertulia de honrados venía la de perdidos con el objeto de formar contraste. Allí se veía hasta dónde puede llegar la malicia humana. Todos eran bandidos de pura raza, con sus ojos atravesados y sus correspondientes cicatrices. Como era natural, en aquella sociedad nadie creía en Dios, y así tenían buen cuidado de manifestarlo á la primera ocasion.

Los buenos y los malos se distinguen, pues, de un modo cabal en las novelas de Escrich. No aparecen tan bien determinadas las diferencias entre los hombres de talento y los majaderos. Nuestro autor no es tan feliz en la pintura de discretos como en la de tontos. Así es que cuando pretende hacer pasar á alguno por sábio, debemos creerlo tal con aquella fe viva que aconseja el P. Astete para los misterios de la religion.

Por otra parte, sus personajes hablan con un lenguaje adecuado en cuanto es posible á la situación y modo de ser del héroe. Shakspeare hacia lo mismo. ¡Cuán envidiable me ha parecido siempre esta facultad de adaptarse á todos los momentos y estados de la vida! No puedo menos de recordar á un orador sagrado de mi pueblo que predicaba siempre al aire libre el sermón del *Encuentro* durante la Semana Santa. Cuando para formalizar de un modo plástico, como era costumbre, las dramáticas escenas de la Pasion, necesitaba dirigirse á las imágenes soportadas por robustos marineros, solía decir: "Eh! á sotavento San Juan... María Santísima á barlovento." Hubiera sido un gran novelista aquel cura.

Y á propósito de la Pasion. Tengo entendido que el Sr. Perez Escrich, en competencia con San Lucas, describió muy á lo vivo la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en una novela titulada *El mártir del Gólgota*. No he leído *El mártir del Gólgota*, y lo que aun es peor, doy

á ustedes palabra redonda de no leerla; mas precisamente por eso debo extenderme algo sobre esta novela para no romper con la costumbre de la sana crítica.

Si yo fuese un crítico desalmado y avieso, nunca perderia esta ocasion de lucir mi donaire escribiendo sobre la obra del Sr. Escrich las frases más sabrosas y picantes, pues ingenio tengo, que me sobra para ello. Con la intencion más perversa podria comparar su novela á la lanzada de Longinos y con otros pasajes del Nuevo Testamento hacer chacota de ella. Pero esto desmentiria la gravedad ingénita de mi carácter y me haria perder no poco en el concepto de las personas serias. Examinaré, pues, la obra del Sr. Escrich de un modo concienzudo, haciendo resaltar todas sus bellezas y señalando al propio tiempo sus defectos más capitales. Examinarla bajo el punto de vista histórico y asimismo bajo el filosófico, económico y administrativo.

En primer término, debo llamar la atencion de los lectores hácia una singular coincidencia que corrobora el juicio ya emitido acerca de la afinidad que media entre la inspiracion de Esquilo y la de Escrich. Esquilo solía tomar por asunto de sus tragedias los misterios y símbolos de la religion, dando forma poética á las tradiciones de la mitología primitiva, como acontece en la trilogia de los *Prometeos*. Escrich busca motivo para sus creaciones romancescas en los augustos sucesos de nuestra religion, novelando la dramática historia de nuestro Redentor. ¡Cuántas bellísimas reflexiones le habrá sugerido la inicua degollacion de los santos inocentes! ¡Con qué vivos colores habrá descrito el estable donde nació el hijo de María! ¡Qué observaciones no habrá hecho, todas atinadas y profundas sobre los tres reyes magos Melchor, Gaspar, y Baltasar!

¿Pero quiénes desempeñarán en *El mártir del Gólgota* los papeles de cazador maniaco, de pescador distraído, de costurera angelical, de criado fiel y de banquero infame? Por que al señor Escrich le pasa algo de lo que á los generales españoles; le caben pocos hombres en la cabeza y estoy casi seguro de que no ha cambiado el personal de sus novelas por hallarse ahora en la Palestina y en siglo tan apartado. He aquí por qué me estaria muy bien haber leído *El mártir del Gólgota*.



Pero si los personajes son siempre los mismos, en cambio la trama de sus novelas suele ser idéntica, y váyase lo uno por lo otro. Creo haber dicho que el centro de operaciones del señor Escrich es una guardilla. Allí habita una familia honrada, laboriosa, pacífica, aseada; la familia, en fin, más excelente y admirable que se puede decir ni pensar. Mientras esta familia, infinitamente buena, vive en la mayor estrechez procurándose con su trabajo apenas lo indispensable para no morir de inanición, en un palacio de la misma calle, sumido hasta el cogote en la opulencia, y no sabiendo qué hacer del tiempo y los millones, mora el inícuo despojador de esta familia. Ahora bien: ¿habrá nada más justo que el que esta familia salga de la miseria, torne á disfrutar sus bienes, y el malvado que se los arrancó, confuso y despatarrado, vaya á entenderse con los esbirros del Saladero? Cierto que no lo hay, y el Sr. Escrich aplica todo su esfuerzo á una empresa tan meritoria. Una vez conseguido su propósito, esto es, despues de restituidos los cuartos y puesto al ladrón á buen recaudo, el Sr. Escrich, en conciencia, no quedaba obligado á más. Sin embargo, la novela no dá fin en este punto, sino que desplegando un celo nunca bastante agradecido y pagado con el miserable cuartillo de real en que se estima cada entrega, el autor se entretiene con afectuoso esmero á contarnos en qué forma y manera gastó aquella familia su dinero, qué vida se daba, cuánto pagaba de contribucion, y qué número de platos se ponian á la mesa. Con esto, la descolorida costurera que tiene entre sus manos *El pan de los pobres*, se inflama de curiosidad y de gozo. Cierra el libro, apoya en la mano su mejilla, y fijando los ojos en la luz de petróleo, comienza á soñar. ¡Quién sabe si algun pícaro de los que pasean en coche por el Retiro estará comiendo una fortuna que pertenezca á sus progenitores! Mira á sus manos, y sus manos no pueden ser más afiladas, más finas, más aristocráticas: mira á sus piés, y sus piés no pueden ser más breves, más estrechos ni más altos de empeine. La costurera se siente con fuerzas bastantes para ser millonaria. Hé aquí cómo Perez Escrich sabe herir las fibras más delicadas del corazón humano.

El Sr. Escrich,—dicho sea en honor suyo,—no es hombre de grandes conocimientos. Las ciencias y las artes no salen casi nunca de sus

novelas sin algun arañazo. Sea ejemplo uno de los capítulos de *El pan de los pobres*, novela que me ha prestado la patrona de un amigo mio.

En este capítulo, titulado "Uno de los dos," dice el Sr. Escrich: "A las once y media, Luis y Antonio firmaron como testigos el testamento, el notario se despidió y Carlos, etc."

Ahora bien: el que esto suscribe, ante el juez competente, como mejor proceda en derecho parece y dice

Que en el testamento de D. Carlos de San Pablo se ha omitido y se falta á una de las solemnidades necesarias de los testamentos, cual es la presencia ó la firma de los testigos. En el caso de que el testamento de D. Carlos de San Pablo, fuese abierto ó nuncupativo, debió atenderse para formalizarlo á la ley 1.ª tit. 19 del Ordenamiento de Alcalá, modificada por la pragmática de D. Felipe II, de 1566 y ambas incluidas, como la ley 1.ª tit. 18, del libro 10 de la Novísima recopilacion. En esta ley se previene que en el otorgamiento del testamento abierto deben ser presentes tres testigos vecinos, con escribano ó cinco testigos vecinos sin escribano, siete testigos si no son vecinos. En el testamento de D. Carlos de San Pablo no aparecen presentes más que dos.

Asímismo digo, que si el testamento de don Carlos de San Pablo fuese cerrado, debió atenderse para formalizarlo á la ley 3 de Toro, incluida como 2.ª, del tit. 18, del libro 10 de la Novísima recopilacion, la cual fija en el número de siete los testigos que han de firmar sobre la carpeta del testamento. En el de D. Carlos de San Pablo no firman más que dos.

En uno y otro caso, pues, el testamento de D. Carlos de San Pablo no cumple con las solemnidades exigidas por la ley, y debe ser rearguido de nulo de toda nulidad, como así espero que se considere, declarando fallecido abintestato al D. Carlos de San Pablo.

Otrosí. Pido que se le dé á cada cual lo que más le convenga, aunque esto sea pedir gollerías.

¡Ya estaba reventando por lucir mis conocimientos en jurisprudencia!

En el mismo capítulo, el Sr. Escrich se niega á describir las peripecias de un duelo, só pretexto de que ya lo ha descrito en otros muchos libros publicados anteriormente.



Esa no es razón. Cuanto más se repita una cosa, mejor impresa quedará en el ánimo de los lectores, y me sorprende bastante que el señor Escrich rompa en esta ocasión con su constante y saludable práctica.

Al observar cómo me detengo en este capítulo, tal vez pensará el lector que no he leído ningún otro. Pues mucho se engaña ¡ay! porque todos los he leído.

Hablemos ahora de la filosofía del Sr. Escrich.

La verdad es que este mundo no está muy bien arreglado. En esto convenimos todos.

¿Por qué había yo de estar, sin bendita la gana, borroneando la semblanza del Sr. Escrich, en vez de ocuparme seriamente en pasear por Recoletos? ¿Por qué cuando salgo de casa con paraguas no llueve, y llueve precisamente cuando salgo sin él? ¿Por qué es la muerte condición necesaria de la vida? ¿Por qué los oradores del Congreso dicen á cada instante "tuvo lugar?"

Son éstos misterios que no acierta á penetrar el humano discurso y que nos llevan á pensar en un más allá. Como decía el cura de mi pueblo en un sermón que predicaba siempre en el día de la Magdalena, todo es fugaz sobre la faz de la tierra. Pero á mi ver no debemos lamentarnos de que todo sea fugaz en la tierra; al contrario, yo he celebrado mucho que fuese fugaz el tiron que me dieron á una muela cuando me la sacaron. Lo que de veras siento es que se hayan fugado tan presto otros momentos que tengo, cual preciosos brillantes, engastados en la memoria. De todas suertes, ora porque el placer sea muy fugaz, ora porque el dolor lo es harto poco, pienso que el mundo pudo haberse arreglado de mejor modo. Por donde quiera que tendamos la vista, se observan claras señales de que la Providencia no había leído las novelas de Perez Escrich. El mundo del señor Escrich, digámoslo de una vez, vale sin comparación más que el del Padre Eterno. ¡Cómo había de consentir nuestro autor que un tunante estuviera comiendo tranquilamente hasta su muerte la fortuna adquirida por el crimen! ¡Ni que un aristócrata deshonrase á una doncella del pueblo sin recibir el condigno castigo! ¡Ni que dos muchachos que se quieren dejen de casarse! Pues de todo esto se ve en el mundo á cada paso, en este pícaro mundo, hecho, á lo que parece, sin conocimiento del Sr. Perez Escrich,

Pasemos al estilo. El estilo del Sr. Escrich no puede ser.....

¿Qué es lo que tenía yo que decirles antes?

Ah! sí, prometí á ustedes la historia de unos amores en que juega papel importantísimo el autor de quien tratamos, y no quiero pasar más allá sin cumplir la palabra.

Ya les he dicho que el amor mio, aquel que conocí en la villa de Gijón, leía sin duelo á Perez Escrich. Yo la amaba á pesar de esto. Tenía unos ojos tan tristes, que al mirarlos huía toda la alegría del corazón y pensaba uno en la muerte. Pero eran tan hermosos como sombríos. Parecía que decían: «¡madre, que voy á morir.» Después que cambié su amor por la honra de ser el peor jurisconsulto de España, aquellos ojos me produjeron muchas pesadillas. Un día en que desperté más sentimental que de ordinario me decidí á verlos otra vez, y no sin que se alborotase mi buen juicio, tomé prosáicamente un asiento en el coche de Gijón. Rodaba el carruaje por la blanca carretera con cenefas de césped. Sobre ella, desde ambas orillas, pendían en apretados piños las manzanas relucientes y sonrosadas, y aún más reluciente y sonrosado aparecía á lo mejor entre el follaje el rostro de alguna campesina. A los viajeros se les hacia la boca agua. La tarde era de otoño melancólico y huracanado. Las nubes pasaban ligeras sobre un cielo lívido, perdiéndose al instante de vista cual si acudiesen presurosas á un llamamiento lejano. El polvo cegaba los ojos y blanqueaba los vestidos. Retorcíanse los árboles con angustia cual si pidiesen compasión.

Allá del monte venían mil ruidos extraños de ejércitos que se pelean, muchedumbres que rujen y olas que bramán. Las amarillentas hojas volaban por los aires de aquí para allá aturdidas y sin saber dónde refugiarse. En los momentos de calma se oía bien el ruido de las campanillas, pero muy pronto se confundía con todos los demás. Los pañuelos rojos y blancos de las muchachas que paraban á vernos cruzar, parecían gallardetes sujetos á esbeltos mástiles. Les costaba mucho trabajo refrenar los ímpetus de sus enaguas ansiosas por saludarnos. La brisa se hizo más húmeda y más acre, y comprendí que estaba cerca Gijón con su gruñona mar. En Gijón se toma el peor chocolate del mundo.

Estaba sentada junto al balcón toda vestida



de blanco: los cabellos tan negros como el paño de los féretros caían hechos sortijas por la espalda. Hice parar el coche, y llegué hasta sus pies donde me arrodillé. Quise pedirle perdón, pero me dijo: «Déjame, ¿no ves que leo *La esposa mártir*?»

Efectivamente, leía *La esposa mártir*. «¡Cielo mío, yo también he leído *La esposa mártir*!»

Entonces me dijo: «Eres un infame, tú no has leído *La esposa mártir*; en tus ojos lo estoy viendo, traidor. Ni has leído *La esposa mártir* ni tienes en el pecho corazón. ¿Dónde está el amor? ¿Quién lo ha visto? Ya no hay amor más que aquí, en este libro. Mira á mis ojos. Están rojos de leer. He leído mucho, mucho. Por eso hoy me río de tí y de tu amor... ¿No ves cómo me río?...»

La hermosa lanzó una carcajada histérica.

¡Estaba tonta!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

## LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION

Y LA CIENCIA DE LA NATURALEZA. \*

### VII

LOS PELIGROS QUE AMENAZAN NUESTRA

CIVILIZACION.

¿Qué es lo que puede detener la civilización moderna? ¿Dónde está el rayo que destruirá esta nueva torre de Babel? ¿El vértigo nos domina cuando nos preguntamos hasta dónde llevará á la humanidad el desarrollo actual continuado durante centenas, millares, decenas y centenas de millares de años y aún más largo tiempo? ¿Sabe cómo el topo abrió un camino subterráneo á través de las montañas y por bajo de los mares; no se apropiara también las alas del ave para remontarse en los aires? Del mismo modo

que ha resuelto los problemas de la mecánica, ¿no resolverá los problemas del espíritu?

¡Ah! no hay que temer, como dicen los alemanes, que los árboles lleguen al cielo. Con dificultad llegará el hombre á volar, y nunca sabrá cómo llega la materia á pensar. Más fácil es resignarse á estos límites que al período glacial eterno que la ciencia nos presenta como el fin inevitable de todas las cosas humanas. ¡Cosa extraña! El conocimiento de la naturaleza que parece que asegura á la civilización una duración perpétua poniéndola al abrigo de una invasión de bárbaros, nos quita por otra parte esa esperanza disipando la ilusión de que la tierra pueda ser siempre habitable.

Día llegará en que ya no pueda decir el hombre: «¡Mira, aún brilla el sol de Homero sobre nuestras cabezas!» Día llegará en que la tierra será sólo una esfera de hielo que gire en torno á un sol enfriado hasta el rojo cereza. Día llegará en que faltará la luz porque se habrá cerrado el último ojo, del mismo modo que la luz *fué* el día en que se abrió el primer ojo.

Pero dista la humanidad de esta catástrofe millones de años; y así como un joven no se detiene en sus esfuerzos ó en sus placeres por la idea de las enfermedades, de la vejez y aun de la muerte inevitable que le espera, igualmente no debe atormentarnos á nosotros el fatal destino que amenaza á una posteridad remota y desconocida. Algo más debe preocuparnos el peligro incomparablemente más inmediato que amenaza á la civilización actual por el agotamiento de las minas de carbon, agotamiento que ha de producirse en un tiempo calculable. Cuando se comprende la dificultad de sustituir á la hulla otro origen de fuerza, no se puede presenciar sin angustia el culpable despilfarro actual. Al tratar de impedir la dilapidación de la hulla, que más que en parte alguna se verifica en Inglaterra, se hubiera propuesto el Parlamento inglés un fin más razonable, que al intervenir, como lo ha hecho, en los métodos de la fisiología experimental, no sin menoscabo de los progresos de la ciencia y de su propia consideración.

Nuestra civilización tiene aún otros peligros que temer. Podemos estar tranquilos respecto á una nueva invasión de los bárbaros; pero en el fondo de las grandes ciudades, en los pueblos industriales se ha formado una clase que indú-

(\*) Véanse los números 236, 238, 240 y 241 págs. 257, 321, 385 y 417.



cida por agitadores insensatos ó criminales, puede ser tan peligrosa por su brutalidad y su ignorancia como los Hunos y los Vándalos lo fueron para la civilización antigua. Macauley lo dijo, y Macauley no había presenciado los acontecimientos de 1871. Pero también esta vez vió las cosas á través de un prisma muy negro. Por la naturaleza misma de las cosas, esos peligros están limitados á ciertos puntos del tiempo y del espacio. La civilización en su conjunto no tiene nada que temer de la internacional roja. La guerra de Spartacus, la de los paisanos, la insurrección de los anabaptistas, han sido luchas de clases análogas á las de hoy. La posteridad mirará la insurrección de Junio y la Commune lo mismo que nosotros miramos aquellos males pasados, y tendrá que combatir la misma enfermedad bajo diferente forma.

El peligro de que vamos á hablar no amenaza directamente la duración de la civilización. Se trata de la forma peligrosa que va revistiendo á consecuencia de la actual dirección de su desarrollo. Difícil es definir exactamente ese peligro; es la resultante de mil pequeñas circunstancias que nos rodean en la vida actual, y que obran sobre nosotros tan insensiblemente que para notarlo es preciso un poco de abstracción y una observación muy penetrante. Por lo demás, ya se ha llamado la atención con insistencia sobre este peligro, porque se representa casi universalmente la situación de donde procede como una de las enfermedades de nuestro tiempo. Pero no siempre tienen bien en cuenta que es una consecuencia necesaria de la marcha de la historia de la civilización, tal como la hemos expuesto más arriba.

La ciencia de la naturaleza, como todos los demás modos de actividad, estrecha el horizonte intelectual cuando se le cultiva exclusivamente. Limita la mirada á las cosas próximas, palpables, á las que caen bajo la percepción inmediata de los sentidos con una certeza aparentemente absoluta. Separa la imaginación de consideraciones más generales y menos positivas, y hace perder la costumbre de moverse en las regiones en que ya no hay cantidades determinables. Bajo ciertos aspectos alabamos la ciencia de la naturaleza como produciendo ventajas inestimables; pero, ¿cómo no reconocer que donde quiera que domina exclusivamente empobrece al espíritu en ideas, á la imaginación

en imágenes, y conduce á un modo de pensar estrecho, seco y duro, odioso á las musas y á las gracias? La ciencia de la naturaleza presenta esta particularidad, que por un lado se refiere á los más sublimes esfuerzos del espíritu humano, y por otro, por una serie de grados insensibles conduce á una actividad puramente mecánica, dirigida únicamente al producto material. Con las exigencias siempre crecientes de la vida, es imposible que no derive continuamente en esta última dirección.

El lado industrial de la actividad científica llega siempre insensiblemente al primer descanso. Las generaciones sucesivas se ven cada vez más impulsadas á la vía de los intereses materiales. La participación de todos en la vida pública, contribuye también á desviar del culto de las ideas. En medio de la inquieta agitación que se ha apoderado de todo el mundo civilizado, los espíritus viven sólo al día. ¿Quién tiene tiempo ó deseo de descender al pozo profundo de la verdad, de sumergirse en el mar de la belleza eterna? La educación en el día se asemeja muy comunmente á una construcción inorgánica; consiste en una acumulación de resultados ya obtenidos, separados de sus raíces; en una colección de fenómenos útiles pero secos, de consideraciones superficiales. Preocúpense bien poco de cómo se ha encontrado la verdad, del encadenamiento de las cosas que sólo pueden conocerse en su resultado y mucho menos aun de la perfección y de la belleza en la forma. El arte y la literatura se rebajan por complacer al gusto variable y grosero de la multitud á quien la prensa diaria dirige á su gusto. Donde solo existe la celebridad del día se vé desaparecer uno de los primeros móviles de la naturaleza humana, el deseo de una gloria duradera. Así desfallece la producción intelectual que supone el desprendimiento del mundo y la fidelidad paciente á las cosas eternas, y si, como dice Fontenelle, la industria debe su impulso á la ciencia pura, esta queda en peligro por lo que es en parte su obra. En una palabra, el idealismo sucumbe en su lucha con el realismo, y se llega al reino de los intereses materiales.

No debe por tanto extrañarse que este rasgo de la civilización moderna se haya manifestado más claramente que en ninguna otra parte, en un país en que ha estado tan largo tiempo á la órden del día la creación de recursos materiales



y la lucha contra la naturaleza; y en el que, una población inmigrada en masa tenía que principiar una vida nueva. La mayor parte de aquella población, bajo el punto de vista intelectual había quemado sus raíces; no tenía recuerdos históricos, ni tradiciones literarias para neutralizar la tendencia predominante que la impulsaba hacia la industria y la actividad lucrativa. No debe admirarnos que la América sea el principal baluarte del utilitarismo. Al lado de situaciones en que se ponen en tela de juicio las condiciones fundamentales de la sociedad humana, se ven surgir allí esas existencias cuya opulencia, lujo y elegancia exterior contrasta con la ignorancia, la pequeñez de ideas y la terquedad interior, de modo que despiertan la idea de una neo-barbarie. Este aspecto de la vida americana, tan frecuentemente pintado desde Sealsfield hasta Bret-Harte, ha dado origen al nombre de *americanización* para designar la temida subversión de la civilización europea en las olas del realismo y la preponderancia creciente de la industria. La bandera estrellada ha flotado después en una guerra por una idea, gloria que reivindicaba para sí sola la bandera tricolor, para reclamar después como guerrera el premio de sus servicios militares. El país del porvenir puede oponer además á sus detractores otra bandera estrellada, la de su reciente gloria literaria, cada una de cuyas estrellas es un nombre ilustre en la ciencia, en la poesía y en la historia. Sin embargo, la expresión ha adquirido derecho de ciudadanía y los americanos no *americanizados* no se opondrán á que continúe en uso, pues son los primeros en reconocer este lado débil en la educación del joven gigante.

¡Pero qué! cuando hablamos con desden de la civilización americana, ¿no es realmente complacernos en ver la paja en el ojo de nuestro prójimo, sin tener en cuenta la viga de lagar que tenemos en el nuestro? ¿Dónde se encuentra la resistencia que debiera oponerse á esos peligros que amenazan nuestra civilización alemana, tan antigua, tan sólida en comparación de la de la América? Si queremos desprendernos de las ilusiones en que nos mecemos, debemos confesar que hemos hecho ya progresos inquietantes en el camino de la americanización. Ya es la Alemania una y fuerte, y hemos realizado el deseo de nuestra juventud de volver á ver el

nombre alemán respetado por mar y tierra: ¿Quién estaría dispuesto á censurar estos resultados? Pero coloquémonos con el pensamiento en la Alemania de nuestra juventud, en esa Alemania dividida, pobre, pequeña, vulgar,—es casi como si dejando los frios esplendores de la capital del imperio nos trasladásemos á una de esas pequeñas ciudades de la Alemania central con sus almenas derruidas, sus murallas tapizadas de parra y otras trepadoras,—¿no conocemos, desde luego, que nos falta algo en este presente, cuyo esplendor nos deslumbra y nos admira?

En la transformación que la generación última ha visto realizarse en Alemania, ¿no se ha sacrificado lo bueno lo mismo que lo malo? Al curarse de sus vagas aspiraciones, de sus esfuerzos estériles, de su desconfianza de sí mismo, ¿no ha perdido el pueblo alemán mucho de su entusiasmo por su ideal, de su ardor desinteresado por la verdad, de su vida de corazón profundo y tranquilo? La rápida floración de nuestra literatura ha pasado como un sueño. Del mismo modo que las secas realidades de la ciencia y de la política han ahogado las agradables conversaciones de los salones parisienses, del mismo modo hemos recibido mal los epígonos de los héroes clásicos y románticos. El mismo Goethe, si fuera joven en nuestros días, no escribiría, probablemente, ni *Goetz*, ni *Werther*, ni *Fausto*; preferiría desplegar en el Reichstag las facultades oratorias que reconoció en él Gall y que no pudo lucir sino ante las aves de Malcesina. En medio de todo el esplendor con que aún brilla al presente la ciencia alemana, tenemos el dolor de no hallar ya en la generación que se va criando ese noble ardor, único que puede garantizar la continuación de los progresos intelectuales. El gusto por la especulación filosófica que acaba de despertarse nuevamente en Alemania, comprueba solo la verdad del refrán:

*Naturam expelles farcá, ect.*, (1).

No es á propósito para tranquilizarnos respecto á la indiferencia general y siempre creciente de la juventud, para todo lo que no tiene una utilidad evidente é inmediata, para todo lo que no produce y no os ayuda en vuestro camino material.

M. DU BOIS-REYMOND.

(Concluirá)

(1) Puedes empeñarte en desterrar la naturaleza, siempre se presentará de nuevo.



## EL DERECHO Y LA MORALIDAD. (\*)

RETACIONES DEL CONCEPTO DEL DERECHO  
CON EL DE LA MORALIDAD.

### CAPÍTULO IV. (COMPLEMENTARIO)

#### Breve exposicion crítica del concepto del derecho en la historia de su filosofía.

En el capítulo primero, al razonar el plan de nuestro trabajo exponíamos los motivos que nos obligaban á investigar directamente en la conciencia el concepto del derecho, prescindiendo de los antecedentes históricos de la cuestion: lo que entonces hubiera sido entorpecimiento y origen de confusion, ahora cabe holgadamente y con más provecho puede hacerse, como complemento de la investigacion, pues segun dice Rosmini y con acierto, si se interpretan debidamente sus palabras. «El encontrar fragmentos de la verdad esparcidos en la historia de las opiniones y sistemas, añade á la concepcion del derecho una persuacion favorable, una garantía contra el error, un peso de autoridad que concilia la atencion de los hombres (1)». No todo lo copiado es para nosotros de igual valor; rigurosamente, la autoridad no puede añadir peso á lo hallado en la conciencia, pero si esto es en consideracion al valor absoluto de la conciencia misma, no cabe duda que para el sujeto hay mucho de ejemplar en ver el mismo camino recorrido por otros, así como los descaminos le sirven de saludable experiencia para saber evitarlos; pudiendo decirse figuradamente, que la historia del error es una como clínica en que se aprende no poco para la higiene del pensamiento. Más provechoso es el estudio que ahora emprendemos, que como peso de autoridad, como garantía contra el error; y en todo caso, como ejercicio de la reflexion, que no debe dar el resultado de su trabajo como producto hecho de una vez para siempre, y que en la ocasion baste traer á la memoria, sin más que recordar cuál es su fórmula y que alguna vez fué sabido en realidad reflexivamente. No se reflexiona cuando

solo en la memoria se tiene el resultado de la reflexion, y propiamente en aquel momento no se sabe lo que antes se supo. Pues bien, contra esta viciosa pereza á que suele entregarse el sujeto poco acostumbrado á reflexionar, es utilísimo ejercicio el de recorrer la historia de lo pensado sobre el mismo asunto por otros, porque es ocasion, rectificando lo erróneo, de volver á pensar el objeto.

Pero, sobre estas razones, existe la más poderosa, para el caso presente, de exigir toda materia de ciencia, si ha de ser tratada por completo, que se atienda á su objeto en lo que tiene de eterno y permanente ante todo, y que luego se determine su vida temporal, que se le considere en los hechos, y por último, que este aspecto histórico sea juzgado relacionándolo con el filosófico, lo que constituye la parte crítica.

Hemos visto que la determinacion del concepto del derecho pertenece á la Filosofía del derecho, pero en la enciclopedia de toda ciencia se vé que la filosofía tiene historia, como la historia filosofía, y en nuestra materia especial hallamos que existe la historia de la filosofía del derecho, y dentro de ésta la historia del concepto del derecho. Será completar el estudio tratar de la determinacion del concepto del derecho en su historia; pero es necesario concretar en lo debido el campo de esta investigacion. Sólo será pertinente al asunto la historia del concepto en cuanto fué propuesto como tal á la conciencia del que investigaba para ser sabido reflexivamente; es decir, sólo se trata del concepto propuesto para el fin científico (aunque el resultado no haya sido la ciencia, la verdad evidente). Otro límite es no tomar de las diversas teorías sino aquello que las caracteriza y el elemento positivo de verdad que todas ellas encierran para ir notando los progresos y las decadencias en las distintas corrientes del pensamiento. Al seguir así la historia no es meramente este aspecto el que consideramos, sino á esto más el juicio de los hechos históricos, que constituye el tercer aspecto de todo asunto científico, la filosofía de su historia, la parte crítica, que no debe confundirse con la ciencia que especialmente se llama filosofía de la historia, á saber la historia, objeto de ciencia en sus elementos eternos, lo esencial. En el tercer aspecto, el crítico, van comprendidos los dos

(\*) Véanse los números 236, 237, 238, 239 240, y 241, páginas 260, 292 326, 360, 399. y 437.

(1) Rosmini—*Filosofía del diritto*,—t. I, introd—página 34.



que nos faltaban, porque la crítica necesita datos históricos.

No podemos guiarnos en esta excursión crítico-histórica por los autores que han tratado igual materia, tanto porque el criterio que los guiaba no era idéntico al nuestro, cuanto porque el fin tampoco lo era; pues debe notarse que ahora no se trata de toda la historia de la filosofía del derecho, sino exclusivamente de su concepto, y así la historia de los fundamentos metafísicos—reales ó pretendidos—que á los diferentes autores sirven de base no puede guiarnos, porque se trata del concepto del derecho, reconocido ó no como tal concepto, pero siéndolo (1).

Ahrens, por ejemplo, divide su historia de la filosofía del derecho en escuelas subjetivas y objetivas (en un sentido que no nos parece el propio de los términos subjetivo y objetivo, aunque sí el corriente); Trendelenburg atiende, para exponer la historia de la Ética—en que funda inmediatamente el derecho—á las tres maneras que encuentra de concebir la cosmología; Rosmini, aunque en otros respectos, se acerca á Trendelenburg, en el método de su exposición histórica halla, como Ahrens, el orden objetivo y el subjetivo, y los exige en fundamento de división. Sea lo que quiera de estos métodos de división y ordenación, son inaplicables en nuestro trabajo.

Ante todo, es necesario fijar el punto de partida que en la historia del concepto del derecho debemos tomar para tener en consideración las diferentes teorías. ¿Cuándo comienza, en realidad, la ciencia de la filosofía del derecho? Indudablemente cuando la conciencia comenzó á proponerse la cuestión reflexivamente para saber cuál era la esencia del derecho á distinción de todo otro concepto, y para saberlo con seguridad mediante método y sistema. Esto nos obliga á fijar la época en que la filosofía del derecho aparece como ciencia.

Hufeland (2) divide en tres épocas la historia de la investigación filosófica del derecho: la pri-

mera, es la de los tratados fragmentarios; la segunda, la de los sistemáticos indeterminados, y la tercera, la de los sistemáticos determinados. Rosmini acepta la división, pero encuentra dificultades para señalar los límites de cada época. ¿Comenzará la segunda con Grocio (1) y con Cristiano Wolf (2) la tercera, ó bien con Cristiano Tomasio? (3)

En rigor, no puede admitirse que tales autores señalen los límites de cada período, pues mucho antes de Grocio, Santo Tomás, en la *Summa Teológica* (4), trató con propósito científico y metódicamente del derecho; y siguiendo sus huellas escribieron *de justitia et jure* muchos autores, como Lessio y De Lugo (5). Sin embargo, no puede negarse que Grocio dió forma más completa á la materia preparada por otros.

Por lo que toca al comienzo de la tercera época, tampoco se puede fijar definitivamente en Wolf ó en Tomasio, pues hay autores que hasta Kant no suponen la ciencia jurídica separada de las demás.

Rosmini dice que la separación no se hizo ni en Kant todavía, tal como se debiera, pero Zeiller atribuye á la escuela crítica el mérito de haber separado la jurisprudencia de las demás ciencias afines.

Dejando nosotros por inoportunos en nuestro estudio, estas cuestiones puramente históricas, vamos á examinar, dentro de los límites señalados, más ó menos rigurosamente, por la época moderna! (6) las más características teorías acerca del concepto del derecho, pero rápidamente y sin seguir el orden cronológico de su

(1) *De jure belli et pacis*, primera edición, 1625

(2) *Jus naturae*, pr. ed. 1740.

(3) *Fundamenta juris nat. et. gen.* 1705.

(4) II. 2. q. LVIII hasta la q. CXX.

(5) Ahrens señala también como precursores de Grocio á Melancton, Oldendorff, Hemming, Gentile y Winkler,—y el Sr. Giner de los Ríos añade el nombre de nuestro ilustre compatriota Suarez.

(6) Röder establece para la historia de la filosofía del derecho la división siguiente: (Límites de la época moderna): Desde Grocio hasta Kant.—Doctrina de Kant y Fichte. Nuevos progresos en el conocimiento de la naturaleza del derecho.—Doctrina de Hegel sobre el derecho y el Estado.—La pretendida ciencia cristiana del derecho y del Estado.—La escuela histórica: a) Hugo b). Las escuelas de derecho históricas en el sentido estricto.—Consecuencias de la historia de las opiniones jurídicas y políticas para los problemas del presente.

(1) Hegel, v. gr., no admite que la suya sea una concepción subjetiva, y sin embargo es eso y no la real ciencia del objeto.

(2) *Sistema del derecho natural* (1765)—y *Ensayo sobre los principios del derecho natural*.



aparición; pues como reconoce el mismo Trendelenburg (que sigue los pasos de la historia en el desarrollo de su propio concepto), no hay correspondencia entre el hilo de la indagación analítica y el desenvolvimiento histórico del concepto del derecho. A este propósito añade el citado autor que las teorías del derecho y del Estado rara vez son producto de la ciencia, y de aquí que no se presenten en lógica dependencia entre sí. Ciertas ideas aparecen afines y como dependientes unas de otras, y sin embargo, en el tiempo de su emisión median siglos. Por ejemplo: los filósofos de la revolución francesa se encuentran de acuerdo con el filósofo griego Trasimaco y todos los sofistas de aquel tiempo: los comunistas de nuestro siglo con Falcaas; el *Contrato social* de Rousseau con la teoría del contrato tocada ya por Aristóteles en la *Política*, y por fin con las teorías del atagirita mismo tienen puntos de contacto las de ilustre Leibnitz.

Como hemos indicado, nuestro camino ha de ser venir desde las ideas más apartadas de la nuestra, es decir, del concepto hallado, á las más próximas, pero siempre reconociendo los elementos de verdad que encierran las distintas teorías.

Las más opuestas al concepto del derecho, tal como lo hemos hallado en la conciencia, es la que prescindiendo de todo elemento interno, espiritual, funda en la coacción, en la fuerza todo el derecho. Ya con Trasimaco, sofista á quien combate Platon, aparece esta doctrina que C. Ludovico Haller (1) expone mucho más tarde. El fundamento del derecho, dice, es el poder violentamente poseído, y el pensamiento en los demás de que este poder puede serles útil. La crudeza de esta doctrina la quiere ocultar Haller con la influencia cristiana y las garantías del poder, pero inútilmente. En la segunda proposición se nota la tendencia á la teoría de la utilidad, que luego veremos.

La teoría de Haller tuvo gran desarrollo; y hoy mismo en Alemania, aunque sin reconocer este abolengo, tiene mantenedores, ayudada por elementos materialistas, y otros puramente políticos.—Mr. Fouillée, en un estudio sobre la

idea del derecho en Alemania (1), pretende probar, y no en todo se equivoca, que Hegel, Fichte, Schelling, lo mismo que Strauss, Feuerbach, Ruge, Bruno Baner y Lasallé—con otros—(Bismarck entre ellos) proclaman en diferentes ocasiones el derecho de la fuerza, sin que se halle libre de este sambenito, antes siendo la fuente principal de tales teorías, la escuela histórica representada por Savigny y en nuestros días por autores como Mommsen y Bluntschli.—Nos llevaría muy lejos de nuestro propósito pesar todas las razones de Mr. Fuillée, y aunque muchas habrían de deshacerse con una imparcial observación, en el espíritu general que nota en las tendencias histórico-fatalistas de cierta filosofía alemana encontraríamos de seguro, por más que ahondáramos, un derecho de la fuerza, que es la más extremada negación del derecho mismo.

No es necesario que nos paremos á refutar la doctrina que funda el derecho exclusivamente en la coacción, pues gran parte del capítulo anterior trata de este punto, y en el segundo espusimos la naturaleza interna del derecho.

Trendelenburg encuentra como elemento racional de esa doctrina la consideración de que el derecho sin la fuerza sería la impotencia. A esta defensa parcial del derecho de la fuerza puede contestarse con lo que dice Rosmini (2). «No es necesario, para constituir un derecho, que éste tenga una fuerza aneja bastante para defenderlo.» Según Rosmini, la fuerza en el derecho es esencial como facultad potencial, pero no como facultad actual. Para nosotros, que consideramos el derecho como un organismo de relaciones, el elemento de la fuerza, como coacción, es absolutamente extraño á la naturaleza de lo jurídico, pero no negamos que exista derecho en la fuerza (no la injusta), no como medio jurídico sino como manifestación de la vida, para cuyos fines se dá el derecho todo. Mas no siendo este sentido el que sostiene la teoría de la fuerza en el derecho (á lo ménos conscientemente, porque alguna influencia acaso tenga, como la verdad la tiene en todo error); podemos rechazar absolutamente la teoría de Haller y todos los que como él opinan.

Dándose la mano con la teoría de la fuerza,

(1) *Restauration des Staatswissenschaft. (Restauration de la ciencia del Estado).* (1820).

(1) *Revue des deux mondes.* 1874. 1.º de Junio.

(2) *Filosofía del diritto,* t. 1.º, p. 86.



fundándose en ella, y siendo aún puramente coactiva, hallamos la doctrina que funda el derecho en el miedo. El miedo, con el impulso de la propia conservación, buscando la seguridad, funda una fuerza que tiene por objeto la protección y conservación de los particulares. Hobbes (1) fué el más distinguido campeón de semejante teoría. Vivía bajo los temores de la época revolucionaria y construyó su doctrina entre los movimientos anárquicos de su país. No conoce, porque su sentido es materialista, más que materia y movimiento; para él no hay nada ético: el bien y el mal no tienen en sí mismos significado especial, nada es de por sí bueno ni malo; el hurto, el adulterio, el homicidio etc., etc., son delitos nada más en cuanto aparecen en la sociedad que los tiene por tales. El fundamento del derecho natural es la propia conservación, y como por donde quiera hay peligros para la seguridad individual, todos recurrimos al derecho como garantía: el derecho lo crean todos contra todos, el interés particular asociándose al interés particular para conservarse á sí mismo. En el estado de naturaleza el derecho no existe con estas exigencias sociales; cada cual no tiene para sus acciones más ley que la propia conveniencia, y no aparece la obligación jurídica hasta que, por esa misma conveniencia, todos se juntan y pactan el respeto común á la ley también común; á una voluntad sola que á todos se impone,—*imperium absolutum*.

Esta doctrina de Hobbes, aparte del error fundamental de no reconocer el derecho en sí, como preexistente y anterior á todo pacto, y como necesario para dar base al pacto mismo, encierra ya los gérmenes de todas esas fantásticas teorías histórico-filosóficas en que se supone una primera convención, de que, ni hay noticia, ni aunque hubiera existido, hubiera servido para explicar la aparición del derecho. En este punto tenemos que observar, que algunos autores neoescolásticos, con partir de tan diferentes ideas, llegan á conclusiones é hipótesis semejantes. Los que dicen que el derecho es una derivación de la primitiva ley moral y religiosa, derivación que se hizo necesaria para las relaciones susceptibles de coacción; desde el momento en que el hombre, por el pecado original, perdió la pristina inocencia; los que tal asientan no dicen, en

rigor, sino lo mismo que los partidarios de los influjos históricos en la creación del derecho. Es negarle su carácter de eterno y fundamental el darle por base un hecho ó una serie de hechos, sean estos pactos, ó tradiciones religiosas. En último resultado, vienen todos á figurarse un tiempo en que el derecho no existía, sea porque el hombre *no lo necesitaba* por su bondad, por su estado perfecto, sea porque en su independencia natural nada ni nadie le iba á la mano, y su voluntad era la ley única. Es más repugnante la teoría materialista de Hobbes, sin duda, pero la verdadera naturaleza del derecho queda falseada de un modo completo en todas esas escuelas que dan á determinadas influencias históricas el poder de alterar la esencia del derecho, ó crearlo como de nuevo, ó hacerle aparecer, darle vida.— El conocido verso de Horacio

*Jura inventa metu injusti...*

lo mismo puede aplicarse á la doctrina de Hobbes que á las que suponen un estado original en que el derecho no fuese necesario; de todos modos, la verdadera naturaleza del derecho se desconoce; pues, si de Dios mismo se predica el derecho, y hay derecho divino, sin duda, y tan perfecto como Dios no hay nada, el estado de inocencia no empecería á la existencia del derecho; al contrario, su negación sería la que habría de desaparecer cumpliendo cada cual sus relaciones de justicia.—

¿Qué elemento real de los que informan el derecho (tal como se presenta en su concepto) puede hallarse latente en la teoría de Hobbes? La condicionalidad, sin duda alguna, siquiera sea considerada como externa y puramente material. Si por el sínodo se juntan los hombres y se someten á un imperio absoluto, es que ven el fin propio dependiente de la voluntad ajena, y es que ven la necesidad de una ley (el organismo de la condición) que regule la vida del derecho, las relaciones de condicionalidad entre los súbditos.

Todo lo demás es obra muerta en la teoría de Hobbes; y esto mismo que consideramos en firme y como real, queda allí inútil, por ser tomado por tan extraviado camino y con aplicaciones absurdas.

Sin embargo, esta teoría es un progreso sobre la de la fuerza; allí todo es fatalidad, necesidad ciega; aquí ya aparece la finalidad, el miedo, el propio interés busca garantías y las encuentra

(1) *De cive*,—y *Leviathan*, cap. 14.



en la sumisión á un órden. La idea de finalidad y la de organismo hacen superior, con mucho, la doctrina de Hobbes á la de Trasimaco, Haller, etc., etc.

La teoría de Spinoza, en que entran como elementos las dos anteriores, la fuerza y el provecho de la unión y de la sumisión á la ley común, es superior á ellas por hallarse fundada en más filosóficos antecedentes; y sobre todo, por dar al derecho el valor absoluto que tiene en cada cual, no considerándole como una ley externa, abstracta, impuesta por un subjetivismo misterioso, exterior al ser mismo del derecho. Así leyendo lo que dice Rosmini (1) sobre la idea de Spinoza se le halla, en este punto, inferior al filósofo de Amsterdam, á pesar de los progresos que desde una época á otra hizo el concepto del derecho.

Pero consiste en que las bases objetivas del derecho que en Spinoza comenzaba á aparecer, bien que con grandes imperfecciones, desaparece despues, hasta ser completamente desconocida en el formalismo Kantiano y en la escuela llamada teológica.

«La fuerza de las cosas, dice Spinoza, no es más que la eterna fuerza de la Sustancia,—Dios—de la cual son los objetos particulares los *modos*; y como la Sustancia tiene derecho sobre todo, porque tiene poder sobre todo, así cada cosa tiene tanto derecho como poder tiene. La fuerza de cada sér es su derecho, y fuerza y derecho tienen igual valor, así en el estado civil, como en el estado de naturaleza.» Es necesario notar que en el sistema de Spinoza todo sér es de la Sustancia divina y su fuerza no es otra cosa que una manifestación de la Sustancia; así cada cosa representa tanto derecho, como fuerza,—desarrollo,—significa en la Sustancia infinita.—Ni Spinoza desenvuelve esta doctrina en el sentido de la condicionalidad claramente, ni en lo poco que expone deja de confundir el derecho con elementos extraños; pero, con todo, al fijar el derecho en la esencia de las cosas, y al darles tanto derecho como fuerza de la Sustancia absoluta representan, dió, como decimos, base objetiva al derecho mismo; y á haberse seguido con tal tendencia la indagación de la filosofía jurídica, no hubiera tropezado la ciencia con tantas y tan perniciosas abstracciones. En

realidad el derecho se da para la vida, para el cumplimiento de los fines reales, y cada cosa representa tanto derecho, desde el punto de vista de la exigencia, cuantos son sus fines racionales; cuanta es la *fuerza* virtual de su esencia. Y que á esto se refería Spinoza es claro, pues para él, y para la mayor parte de los tratadistas y filósofos, el derecho se muestra como la exigencia, de parte del sér de los fines. Hé aquí algunas palabras de Spinoza que nos hacen confirmar que no es equivocada la interpretación que damos á su pensamiento.

«Los peces están naturalmente creados para nadar; los más grandes se comen, porque están creados para éllo, á los más pequeños y por consecuencia, en virtud del derecho natural todos los peces disfrutan del agua, y los más grandes se comen á los más pequeños. (1) Es más, aún en el estado de inocencia, de perfección, Spinoza no supone anulado el derecho, como las doctrinas á que ántes nos referíamos; el derecho subsistiría y sería cumplido por todos «sin necesidad de Gobierno.» Este fundamento metafísico con el que Spinoza da al derecho su carácter de absoluto y eterno, pues que lo funda en la esencia de Dios, coloca su doctrina muy por encima, en este particular, de las que le precedieron y siguieron, durante mucho tiempo. Bien cabe asegurar que aún en nuestros días son muchos los autores que podrían aprender en Spinoza que el derecho es algo que está por encima de las convenciones humanas.

Pero Spinoza supone que el estado natural de los hombres, por culpa de sus pasiones, es de opresión de unos sobre otros: «mi mayor enemigo, dice, es aquel de quien más tengo que temer y de quien tengo que guardarme más.» (2) Así, pues, «los hombres han comprendido que para poseer una vida dichosa y segura era necesario entenderse mutuamente y hacer de manera que se poseyere en común el derecho que cada uno había recibido de la naturaleza: han tenido que renunciar á seguir la violencia de sus apetitos individuales, y conformarse preferentemente á la voluntad y poder de todos los hombres reunidos.» (3) Esta sumisión al poder del Estado es absoluta, pero no destruye el derecho

(1) *Tratado teológico político*, cap. 16.

(2) *Tratado político*. Cap. II, art. 14.

(3) *Trat. teol. político*. Cap. XVI.

(1) Obra citada, t. 1.º p. 51.



natural (1), porque lo que me determina, dice el filósofo, á renunciar en favor del Estado mi derecho, es el deseo de la conservacion, de la seguridad, y nada más conforme á este derecho natural que el buscar esa seguridad. En unas notas marginales á su Tratado geológico político,—nota 28—lo mismo que en su carta XXXIV, Spinoza se esfuerza en diferenciar su teoría de la de Hobbes, con la cual teme que se confunda, y aunque Emilio Saisset, el traductor francés del filósofo de Amsterdam, diga que hay motivo para esa confusion, nosotros no lo vemos, siendo, con mucho, superior la teoría de Spinoza. Trendelenburg también encuentra más profundidad en el autor del tratado teológico político; y, sin embargo, no creemos que haya apreciado su pensamiento en todo su valor, por dar el mismo Trendelenburg al derecho, como veremos, un carácter externo, aunque fundado en la ética.

Maquiavelo, partiendo del mismo principio de la fuerza, saca una consecuencia contraria á la de Spinoza: para éste, la union de las fuerzas dá carácter inviolable al derecho, porque le dá seguridad; pero el autor del *Príncipe* teme que la fuerza sea vencida por la astucia, y que cada cual busque su utilidad en burlar la fuerza unida de todos, y entónces la verdadera fuerza será la injusticia, el fraude. Aunque desprovista de valor científico esta observacion de Maquiavelo, abre sin duda brecha en la teoría de Spinoza; porque el derecho social no puede fundarse sino en algo real también en la sociedad misma, no en la union de todas las unidades particulares.

Si estas fueran armónicas, aun en la sociedad deberíamos encontrar superior derecho al de la mera suma de todos los derechos individuales; pero no se trata de esto, porque Spinoza, y este es su defecto mayor, no los supone armónicos, sino encontrados, y pide la union para establecer la armonía, union que será ineficaz, como dice con razon Maquiavelo, para deshacer los antagonismos particulares.

A fin de las anteriores, pero más influida por la de Hobbes que por ninguna, es la teoría de Rousseau, tan popular en algun tiempo, y tan generalmente admitida por los partidos liberales de Europa. De la teoría de la fuerza no era difícil, sino lo más natural, venir á la teoría de la

voluntad; porque si el derecho es la fuerza, en el hombre la fuerza es la voluntad, que mueve toda la actividad humana. Dice Fouillée, en el estudio citado, que Kant miró siempre con gran predileccion los escritos de Juan Jacobo y que se inspiró no poco en la teoría del pacto para escribir su metafísica del derecho: efectivamente, el formalismo de Kant,—no tan exagerado como algunos suponen,—tiene de parecido con la doctrina praxológica de Rousseau el detenerse en la libertad como característica del derecho, cuando su fondo real es la vida; por lo demás no es necesario decir que es mucho más profundo y fecundo el criterio kantiano. En Rousseau también influyeron mucho, como en Hobbes, las circunstancias políticas, pero fué en un sentido contrario; porque no eran los vaivenes de la libertad ni los terrores de la anarquía los que le tenían preocupado, sino las últimas y más tristes consecuencias del poder despótico; así es que, para Rousseau, como para la mayor parte de los escritores de su país, en su época era la libertad la aspiracion suprema, la expresion libre de la voluntad nacional, la panacea de todos los males, el fundamento de las instituciones sociales legítimas. Si Rousseau no fué el inventor de esos supuestos estados naturales que precedieron al estado social, pues en esto vimos que se le adelantaron algunos, si su pacto no es original, el fué quien dió como base del derecho la voluntad, el contrato de los asociados, y así llega á la pura democracia, mientras que Hobbes llegaba al absolutismo.—Los hombres, segun Rousseau, de un estado de naturaleza, bueno en sí, pero anti-social, pasará, merced á un acuerdo unánime, á la sociedad civil para prestar garantías á la propiedad y á la seguridad. Los individuos, iguales por naturaleza, someten la voluntad particular (*la volonté de tous*) á la voluntad general (*volonté generale*). Así, el pueblo, soberano por sí mismo, se convierte en la verdadera fuente del derecho, merced á su voluntad continuamente manifestada por la ley de la mayoría (1).

LEOPOLDO ALAS.

(Continuará.)

(1) *Du Contrat sociale, ou principes du droit public.*—1762.

(1) *Tratado político.* Cap. II. art. 16.



## EMIGRACION Y DISTRIBUCION DE LOS ORGANISMOS.

## LA COROLOGÍA Y LA EDAD GLACIAL DE LA TIERRA.

El verdadero valor y la irresistible fuerza de la teoría de la descendencia no consisten en que aclara tal ó cual fenómeno particular, sino en que explica el conjunto de los hechos biológicos, y en que nos da á conocer la íntima conexión que existe entre los fenómenos de los reinos animal y vegetal. Cualquier sábio, por poco que en él domine el espíritu filosófico, estará tanto más profundamente convencido de la verdad de la teoría evolutiva, cuanto más se separe de las observaciones biológicas aisladas, para abrazar, en su conjunto, toda la vida de los animales y plantas. Examinaremos, pues, bajo este punto de vista, aquella parte de la biología cuyos múltiples y complejos fenómenos se explican de una manera sencilla, clara y satisfactoria, por medio de la teoría de la selección y que se conoce con el nombre de corología, ó teoría de la distribución de los organismos en la superficie de la tierra; comprendiendo en esta expresión, no sólo la distribución geográfica de las especies animales y vegetales en las diversas regiones ó provincias terrestres, en los continentes y en las islas, en los mares y en los ríos, si que también la distribución topográfica de aquellos organismos en el sentido vertical, á medida que se dirigen hácia el vértice de las montañas, ó descienden á las profundidades del Océano. (*Morf. gen.*, II, 286).

No ignorais que la série de los hechos corológicos aislados, que se han observado, bien sea en la distribución horizontal de los organismos en las diversas regiones, bien en la vertical, ó en altura y profundidad, hace algú tiempo que ha suscitado un interés general. En nuestros tiempos, por ejemplo, Alejandro de Humboldt, Alfonso de Candolle y Federico Schouw han bosquejado la geografía botánica; y Berghaus y Schmarda han hecho otro tanto con la geografía de los animales. Pero, por más que aquellos y otros muchos naturalistas hayan hecho progresar ámpliamente nuestros conocimientos relativos á la distribución de los animales y plantas, haciendo de este modo asequible un vasto dominio científico tan lleno de curiosos é

interesantes fenómenos, la corología sin embargo, ha quedado todavía convertida en una confusa colección de nociones sobre multitud de hechos aislados; habiendo sido imposible darle el nombre de ciencia hasta que no se pudo explicar la razón de aquellos hechos relacionándolos con sus causas eficientes. La teoría de la selección, por medio de su doctrina de las emigraciones animales y vegetales, nos ha revelado aquellas causas; y sólo podemos hablar de una ciencia corológica, desde que Darwin y Wallace plantearon su doctrina.

Si consideramos exclusivamente la totalidad de los fenómenos de la distribución geográfica y topográfica de los organismos sin hacer intervenir el desarrollo gradual de las especies, y si al mismo tiempo, conformándonos con la antigua tradición religiosa, admitimos que cada especie animal ó vegetal ha sido creada aisladamente, no nos queda otro recurso que dedicarnos á admirar todos aquellos fenómenos como un confuso conjunto de prodigios ininteligibles é inexplicables. Pero si abandonamos tan limitado punto de vista, elevándonos, con la teoría de la evolución, hasta la idea de una consanguinidad de las diversas especies, veremos iluminarse de repente, con una luz deslumbradora aquella región mitológica; y desde el momento en que admitamos la comun descendencia de las especies y sus emigraciones activas y pasivas, fácilmente comprenderemos todos aquellos fenómenos corológicos.

Existe un hecho capital, que sirve de punto de partida á la corología, cuya verdad nos ha sido revelada por medio de una interpretación profunda y conforme con la teoría de la selección; y es que, en lo general, cada especie animal ó vegetal sólo ha sido producida por la selección natural, una sola vez, en un sólo momento y en un sólo punto del espacio, al cual se ha llamado "su centro de creación." Participo en absoluto de esta opinión de Darwin en lo concerniente á la mayor parte de los organismos superiores y perfectos, á la mayor parte de los animales y plantas, en los cuales la división del trabajo ó la diferenciación de las células que los constituyen, así como la de los órganos, han sido llevadas hasta cierto grado, ¿Cómo admitir, sino, que el conjunto de los hechos tan múltiples y complicados, y la totalidad de las diversas circunstancias de la lucha por la existencia



que entran en juego, en virtud de la selección natural, en la formación de una nueva especie, hayan podido obrar de concierto, más de una vez, en la superficie del globo ó simultáneamente en diversos puntos de ella, y siempre de la misma exacta manera?

En cuanto á los organismos muy imperfectos, ó de estructura estremadamente sencilla, á ciertas formas específicas de muy diferente naturaleza, por ejemplo, muchos protistas unicelulares, y en especial, los más sencillos de todos, las móneras, considero muy verosímil que aquellas formas específicas hayan sido producidas muchas veces, ó simultáneamente, en diversos puntos de la superficie terrestre, porque las condiciones sencillas y escasas en número, bajo cuya influencia aquellas formas específicas se han realizado en la lucha por la existencia, han podido presentarse con frecuencia en el curso de los siglos, ó repetirse aisladamente en distintas localidades. Hay también especies gerárquicamente superiores que han podido formarse diferentes veces en diversos lugares, las cuales no proceden de la selección natural, sino de un cruzamiento, y son aquellas especies bastardas de que ya me he ocupado. Pero como aquellos organismos, relativamente poco numerosos: no nos interesan mucho en este momento, podemos hacer caso omiso de ellos en la corología, y tratar únicamente de la distribución de la inmensa mayoría de las especies animales y vegetales, de aquellas que no se han producido más que una sola vez y en un solo lugar, llamado "centro de creación," como parece que podemos afirmar, en virtud de muchas y muy fundadas razones.

Desde los primeros momentos de su existencia, toda especie animal ó vegetal ha presentado una tendencia á salir de los estrechos límites de la localidad de su origen, de su centro de creación, ó más bien de su primitiva pátria, del lugar de su nacimiento. Esto es consecuencia necesaria de las leyes de la población y del exceso de la misma, de que en otras lecciones me he ocupado. Cuanto más enérgicamente se multiplica una especie animal y vegetal, ménos puede bastar para su conservación la limitada extensión del lugar de su nacimiento. La lucha por la existencia se hace más encarnizada á medida que aumenta el exceso de la población, y la emigración es la consecuencia necesaria de

esto. Las emigraciones son comunes á todos los organismos, y son las verdaderas causas de la gran extensión que las diversas especies orgánicas ocupan en la superficie del globo. Animales y plantas dejan su pátria original cuando está muy poblada, del mismo modo que los hombres emigran de los Estados cuando hay en ellos un exceso de población.

Muchos distinguidos naturalistas, y en especial Lyell, Schleiden, etc., han hecho notar, en distintas ocasiones, la gran importancia de tan interesantes emigraciones, cuyos medios de transporte destinados á efectuarlas, son en extremo variados, y de los cuales ha hecho Darwin un detenido exámen en el undécimo y duodécimo capítulos de su obra, que tratan exclusivamente de la "distribución geográfica" de los seres orgánicos. Los agentes de transporte son activos y pasivos; ó en otros términos, el organismo verifica sus emigraciones, en parte por traslaciones voluntarias, y en parte involuntariamente, en virtud de los movimientos de los demás cuerpos de la naturaleza.

Las emigraciones activas desempeñan naturalmente el más importante papel en los animales dotados de la facultad de trasladarse; así que, cuanto más libremente y en todas direcciones le permite moverse su organización, más fácilmente emigra una especie animal, y más rápidamente se esparce por la superficie de la tierra. Los animales más favorecidos bajo este punto de vista, son los que tienen alas, y especialmente las aves en los vertebrados, y los insectos en los articulados, cuyas dos clases son las que con más facilidad pueden esparcirse por la superficie de la tierra poco después de su aparición en ella, lo cual explica en parte la admirable uniformidad de estructura que distingue á estas clases de las demás; y tanto es esto cierto que, por más que una y otra comprendan un gran número de especies, y por más que en la de los insectos se conozcan más que en todas las restantes clases de animales reunidas, sin embargo, todas aquellas innumerables especies, lo mismo que las de las aves, se parecen extraordinariamente en las particularidades esenciales de su organización. En la clase de los insectos y en la de las aves, no se puede distinguir más que un corto número de los grandes grupos naturales llamados "órdenes," los cuales difieren muy poco entre sí, en su estructura



íntima. Los órdenes de las aves, son ricos en especies, distan mucho de diferir entre sí tanto como los de la clase de los mamíferos, que son más pobres en especies: y del mismo modo, los órdenes de los insectos, tan ricos en formas genéricas y específicas, se parecen en su estructura más que los órdenes, mucho más pobres, de la clase de los crustáceos. Muy interesante es, bajo este aspecto el paralelo entre las aves y los insectos; pero la gran importancia de esta riqueza de formas, consiste, para la morfología científica, en el hecho general que de ella se deduce, á saber: que la mayor diversidad de las formas exteriores del cuerpo puede conciliarse con muy pequeñas desviaciones anatómicas y con una gran uniformidad de la organización esencial. En el género de vida de los animales alados y en la gran facilidad que tienen para trasladarse de un punto á otro de la tierra, es evidente que hay que buscar la razón de este hecho. Hé aquí ahí por qué las aves y los insectos se han esparcido rápidamente por la superficie de nuestro planeta, han elegido domicilio en todos los lugares posibles, en localidades inaccesibles á otros animales, y han modificado tantas veces su forma específica, por efecto de haberse adaptado superficialmente á las condiciones de un lugar determinado.

Los animales que con más rapidez se han propagado, después de los alados, son aquellos que más fácilmente podían emigrar, ó sean los mejores corredores entre los terrestres, y los mejores nadadores entre los acuáticos. Pero la posibilidad de emigrar de este modo no es exclusiva de los animales que gozan toda su vida de la facultad de cambiar de lugar libremente; pues los animales que no se mueven, como los corales, las sérpulas, los crinoidas, las ascidias, los cirripedos y otros inferiores que viven y crecen habitualmente sobre las plantas marinas ó sobre las rocas, han tenido, al ménos en su primera edad la facultad de moverse. Todos ellos, en efecto, caminan antes de fijarse; ordinariamente son libres en las primeras épocas de su vida, y tienen la forma de larvas ciliares, de corpúsculos celulares redondeados y cubiertos de pelillos vibrátiles que les permiten moverse caprichosamente el agua; en cuyos períodos se les dá el nombre de planularios.

Pero la facultad de cambiar de hogar á voluntad ó sea de emigración activa, no consti-

tuye un privilegio exclusivo de los animales, puesto que hay muchos vegetales que también la poseen, entre los cuales se pueden citar bastantes plantas acuáticas inferiores, especialmente de la clase de las algas, que en los primeros períodos de su vida nadan exactamente lo mismo que los animales inferiores de que acabo de ocuparme. Todas ellas llevan en su superficie unos apéndices movibles que consisten, ó bien en una especie de látigo oscilatorio, ó en unas pestañas vibrátiles que forman una especie de pelo que la cubre; y merced á estos órganos se mueven libremente en el agua, no llegando á fijarse sino más tarde. Podemos también afirmar que tienen emigraciones activas, muchas de las plantas llamadas rastreras y trepadoras, porque el tallo aéreo y prolongado, ó el tallo subterráneo, el rizoma, ganan, durante su lento crecimiento, nuevas estaciones, y mandan á larga distancia estolones ó renuevos ramificados, llegan á conquistar nuevos lugares de habitación en los cuales se arraigan por medio de botones, y dando así origen á nuevas colonias de su especie.

Por más importantes que sean estas emigraciones activas de la mayor parte de los animales y de muchos vegetales, no bastarían, sin embargo, para darnos, por sí solas, una explicación satisfactoria de la corología de los organismos, puesto que las emigraciones pasivas siempre han sido mucho más importantes é incomparablemente más eficaces, al ménos en lo referente á la mayor parte de las plantas y á muchos animales. Los cambios de lugar pasivos se deben á causas extremadamente variadas, desempeñando, en ellas, el principal papel, el aire y el agua, que están en constante movimiento. El viento, eleva en la atmósfera, á cada momento, ligeros organismos, pequeños animales y plantas, y sobre todo, los gérmenes de ellos, los huevos y las semillas, que más tarde dispersa muy lejos sobre la tierra ó en el mar, en el cual son al punto arrastrados á otros lugares por las olas y las corrientes. Numerosos hechos demuestran á qué inmensa distancia de su origen son con frecuencia llevados por los ríos y por las corrientes marinas, las semillas de los árboles, los frutos de pericarpo duro y otras partes difícilmente descomponibles de las plantas. Troncos enteros de palmeras han sido llevados por el *Gulf-stream*, desde las Indias Occidentales hasta las costas de



la Gran Bretaña y de Noruega. Todos los grandes rios conducen maderas flotantes que proceden de las montañas, y muchas veces plantas alpinas, que llevan desde sus orígenes hasta las llanuras y hasta su desembocadura en el Océano; y con frecuencia sucede que, entre las raíces y las ramas de los vegetales arrastrados por las corrientes y por las olas, se albergan muchos habitantes que á su vez participan de aquellas emigraciones pasivas. La corteza de los árboles está cubierta de musgos, de líquenes y de parásitos: ocultos en los troncos huecos ó fijados en las ramas, emigran de aquel modo insectos, pequeños reptiles, y hasta pequeños mamíferos; y en la tierra adherida á las raicillas, en el polvo acumulado en las hendiduras de la corteza, se albergan multitud de gérmenes de pequeños animales y de pequeñas plantas. Si aquel tronco flotante llega á una costa ó á una isla lejana, los huéspedes que á su pesar han tomado parte en aquel viaje, abandonan su vehículo y se establecen en la nueva patria.

Las flotantes montañas de hielo que se desprenden todos los años de las neveras polares, constituyen uno de los más singulares medios de transporte. Por más que aquellas inhospitalarias comarcas, sean, en lo general, muy pobres en especies, puede sin embargo suceder que, en el momento de desprenderse una montaña de hielo, se encuentran sobre ella algunos habitantes de aquellos países, los cuales serán arrastrados con ella por las corrientes, y conducidos á otras costas más benignas. Ya con frecuencia ha sucedido que, por el intermedio de los hielos flotantes de los mares árticos, una pequeña población de animales y de plantas ha llegado hasta las costas septentrionales de Europa y de América; y de este modo han arribado á Islandia y á las islas británicas, zorros y osos polares.

El transporte por el aire no es ménos importante que el transporte por el agua. El polvo que cubre nuestras calles y nuestros terrados, la capa más superficial del suelo de los campos, y de los lechos desecados de los arroyos, contienen millones de gérmenes y de pequeños organismos, muchos de los cuales pueden desecarse y revivir en el momento que se los moja; y cada ráfaga de viento lleva á la atmósfera innumerables cantidades de aquellos organismos, que con frecuencia son transportados á otros lugares. Los organismos mayores, y sobre todo sus gérmenes,

pueden también hacer de este modo largos viajes aéreos. Las semillas de muchas plantas que tienen una especie de corona con ligeros flequillos, los cuales desempeñan el papel de un paracaídas, se ciernen en el aire, y caen después suavemente sobre la tierra. Las arañas, suspendidas por un hilo de su leve tela, vulgarmente llamado "hilo de la virgen," emprenden viajes aéreos de muchas leguas. Las trombas elevan en el aire millares de ranitas que van á caer muy lejos, constituyendo el fenómeno llamado "lluvia de ranas ó lluvia de sapos." Las tempestades pueden obligar muchas veces á las aves y á los insectos á recorrer la mitad de la circunferencia de la tierra; las que salen de Inglaterra llegan hasta los Estados Unidos, y las que emprenden su vuelo en California no pueden posarse sino en la China. Pero con las aves y los insectos pueden viajar, de uno á otro continente, multitud de organismos que viven sobre ellos, como los piojos, las pulgas, los aradores, los hongos, etc.; y entre la tierra, que frecuentemente queda adherida á los dedos y al plumaje de las aves en el acto de emprender su vuelo, se encuentran pequeños animales y plantas, ó los gérmenes de unos y otras. La emigración voluntaria ó involuntaria de un organismo, por poco voluminoso que sea, puede por lo tanto trasportar de una á otra parte del mundo una pequeña fauna y una pequeña flora.

Además de los medios de transporte que acabo de enumerar, existen otros muchos que sirven para explicar la distribución de las especies animales y vegetales en vastas extensiones de la superficie terrestre, y sobre todo la distribución general de las especies llamadas cosmopolitas; y sin embargo, no basta todo esto para dar completa explicación de todos los hechos corológicos. ¿En qué consiste, por ejemplo, que muchos seres orgánicos que viven en el agua dulce, existen á la vez en muchos lagos, ó en depósitos de agua separados y enteramente distintos entre sí? ¿En qué consiste que muchos organismos de las montañas, que de ningún modo pueden vivir en las llanuras, se encuentren en cadenas alpinas, separadas y muy distantes unas de otras? Suponer que de cualquier modo, ya activa, ya pasivamente, hayan podido atravesar los primeros los vastos espacios de tierra firme y los segundos las llanuras que separan sus puntos de residencia, es conjetura aventurada é inverosí-



mil en muchos casos. Pero la geología nos presenta en esto puntos de union muy importantes, resolviendo así perfectamente tan difícil enigma.

La geología, en efecto, nos enseña que la posición de la tierra y de las aguas en la superficie del globo, varía incesantemente. Por consecuencia de fenómenos geológicos internos, se producen en todas partes elevaciones y depresiones del suelo, más ó ménos pronunciadas, que aún cuando se efectuasen con la lentitud necesaria para no elevar ó bajar las orillas de la mar sino algunas pulgadas ó algunas líneas en un siglo, no por eso dejarían de producir, á la larga, sorprendentes resultados; y sabido es en la historia de la tierra, jamás han podido faltar los ciclos cronológicos de una inmensa duración. Desde que la vida orgánica existe en la superficie de nuestro planeta, es decir, desde hace muchos millones de años, la tierra y el mar se vienen perpétuamente disputando la absoluta soberanía. Continentes é islas han sido sumergidos por las olas, mientras que del seno de los mares han salido otras islas y otros continentes. El fondo de estos y el de los lagos elevándose lentamente, ha hecho que apareciesen nuevas tierras, en tanto que, descendiendo el suelo por otro lado, ha formado nuevos depósitos de agua. Las penínsulas se han ido convirtiendo en islas á medida que iban desapareciendo bajo las aguas las estrechas leguas de tierra que las unían á los continentes; y por poco que el fondo de la mar se eleve, las islas de un archipiélago pueden convertirse en una continuada cadena de montañas.

De este modo se explica cómo el Mediterráneo ha sido en otro tiempo un mar interior: en la época en que, en lugar del Estrecho de Gibraltar, existía un istmo que unía á España con Africa. En una época geológica reciente, cuando ya existía el hombre, Inglaterra ha estado unida varias veces al continente europeo, y varias veces separada del mismo, y la misma Europa ha estado unida á la América septentrional. El mar del Sur formó, en otro tiempo, un vasto continente—que se podría llamar Pacífico—y las numerosas y pequeñas islas que en él existen eran entonces las más elevadas cimas de las montañas de aquel continente. En lugar del Océano índico había un continente que se extendía á lo largo del Asia meridional, desde las

islas de la Sonda hasta la costa occidental del Africa. Aquel vasto y antiguo continente ha sido llamado *Lemuria* por el inglés Sclater, del nombre de los monios inferiores que caracterizaban su fauna. Su existencia ofrece el mayor interés, porque, según todas las probalidades, aquel continente ha sido la cuna del género humano y en él es, sin duda, en donde el hombre se formó separándose de la forma de los simios antropoides. Alfredo Wallace ha demostrado, por medio de hechos cronológicos, que el actual archipiélago Malayo se divide en dos regiones distintas: la region occidental del archipiélago Indo-malayo comprende las grandes islas de Bornéo, Java y Sumatra, y estaba unida en otro tiempo, por la península de Malaca, al continente asiático y, probablemente, al continente lemuriense, de que acabo de ocuparme. La region oriental, por el contrario, Célebes, las Molucas, la Nueva Guinea, las islas Salomon, etcétera, estuvieron desde luego unidas á la Australia. Aquellas dos regiones estaban entonces separadas por un mar estrecho, y en el día están en su mayor parte cubiertas por las aguas. Apoyándose únicamente en sus excelentes observaciones corológicas, Wallace ha conseguido determinar con claridad la situación de aquel estrecho mar de separación, cuya extremidad meridional penetraba por entre Bali y Lombok.

Así, pues, desde que el agua existe en estado líquido sobre la tierra, los límites de ésta y aquella se han modificado perpétuamente, y se puede asegurar que los contornos de los continentes y de las islas no han permanecido invariables ni durante una hora, ni durante un segundo. El choque de las olas mina constantemente las playas, y lo que la tierra firme pierde de este modo en extension, lo vuelve á ganar en otros puntos por efecto de la acumulacion del limo que se deposita en las rocas sólidas, formando así una nueva tierra que vuelve á salir del fondo del Océano. La idea de la fijeza y de la invariabilidad de los contornos de nuestros continentes, tal y como desde la infancia nos la ha inculcado nuestro imperfecto sistema de instruccion, que con tanto desden mira la geología, es una de las más erróneas que se conocen.

Apenas necesito haceros notar la gran importancia que aquellos cambios geológicos de la corteza terrestre han debido tener en las emigraciones de los organismos y en su corología.



Aquellos hechos nos explican cómo las especies animales ó vegetales, idénticas ó al ménos muy parecidas, pueden encontrarse en diversas islas á pesar de no haber podido nunca franquear la extension de agua que media entre ellas, y cómo otras especies de agua dulce pueden habitar en distintos depósitos de agua cerrados y aislados entre sí, á pesar de no haber podido nunca atravesar la tierra firme que los separa. Aquellas islas eran en otro tiempo las cumbres de las montañas de un continente: aquellos lagos se comunicaban en otras épocas entre sí. Las primeras han sido separadas por efecto de la depresion del suelo, las segundas por efecto de su elevacion. Fijémonos además en la irregularidad con que aquellas alternativas de elevacion y depresion se han producido en las diversas localidades, en los cambios que han operado en los límites de los distritos habitados por tales ó cuales especies, y en las múltiples influencias que aquellos hechos han ejercido en las emigraciones activas y pasivas de los organismos, y llegaremos á comprender perfectamente la razon del aspecto infinitamente variado que en el dia nos presenta la distribucion de las especies animales y vegetales.

Hay todavía otro factor muy importante y muy apropiado para darnos á conocer aquella variedad, y aclarar á la vez muchos hechos oscuros que, sin su auxilio, serian siempre verdaderos enigmas para nosotros. Este factor es el cambio gradual del clima que se ha producido en la larga duracion de la historia orgánica de la tierra. Ya os he dicho en las lecciones anteriores que, al principio de la vida orgánica, ha debido reinar en toda la tierra una temperatura más elevada y más uniforme que en nuestros dias; y que las notables diferencias de temperatura que en la actualidad constituyen las distintas zonas, debian ser entonces poco marcadas. Es muy probable que, durante muchos millones de años, haya reinado en la tierra un clima análogo al de nuestro más elevado clima tropical, si no era más cálido que éste. Las más lejanas regiones del polo Norte á que actualmente el hombre ha podido llegar, estaban, en aquellas épocas, cubiertas de árboles y de otros vegetales, cuyos restos fósiles todavía aparecen en ellas. La temperatura de aquel clima fué descendiendo muy lentamente, pero los polos tenian aún una temperatura muy elevada que impedia la presencia

de seres orgánicos en la superficie de la tierra; así que, sólo en una edad geológica relativamente reciente al principio de la época terciaria, fué cuanto probablemente se produjo el primer descenso sensible de la temperatura de la corteza terrestre hácia los dos polos, y cuando empezaron á formarse las diversas zonas de temperatura; cuyo descenso se fué acentuando poco á poco, hasta el momento en que los primeros hielos aparecieron en los polos.

Es casi inútil hacer notar la importancia del papel que aquel cambio gradual de clima debió desempeñar en la formacion de nuevas y numerosas especies. Los animales y plantas que hasta la época terciaria habian encontrado en toda la tierra un clima tropical conveniente, se vieron despues obligados, ó á adaptarse á un frio intenso, ó á huir de él; los primeros se metamorfosearon en especies nuevas, bajo la influencia de la seleccion natural, por efecto del hecho de la aclimatacion, y los segundos debieron emigrar á otras latitudes para buscar en ellas un clima más benigno; de todo lo cual resultaron, en aquella época, poderosas modificaciones en la distribucion de las especies.

Pero durante la última fase geológica, durante el período cuaternario, que sucedió á la época terciaria, el descenso de la temperatura no se limitó á los polos, sino que se fué pronunciando cada vez más, habiendo llegado á un grado menor que el de la temperatura actual. El Asia septentrional y central, la Europa y la América del Norte, se cubrieron, á partir del polo, de una capa de hielo que, en Europa, parece haberse extendido hasta los Alpes. En el polo Sur el hielo progresó del mismo modo, cubriendo al hemisferio meridional con un rígido manto que se extendia hasta las regiones que hoy estan libres de hielos. Entre aquellos dos inmensos continentes, entonces helados é inhabitables, sólo quedó una estrecha zona en la cual pudo encontrar un refugio la vida del mundo orgánico; y aquel período en que el hombre, ó al ménos el hombre-mono, existia ya, y que forma la primera seccion de la llamada *edad diluvial*, es un período célebre en el dia, y conocido con el nombre de *edad glacial* ó *período glacial*.

El ingenioso Ch. Schimper fué el primer naturalista que concibió con claridad la idea de la edad glacial, y el que, con ayuda de las ma-



sas ó cantos errantes, y de los surcos ó estrias producidos por el resbalamiento de los ventisqueros, demostró la gran extensión de las neveras primitivas en el centro de Europa. Excitado por el ejemplo de Schimper, y ayudado poderosamente con los trabajos del distinguido geólogo Charpentier, se dedicó después el naturalista suizo Luis Agassiz á completar la teoría de la época glacial. El naturalista Edward Forbes, se ocupó de ella con éxito en Inglaterra, habiéndola formulado en lo concerniente á las emigraciones y á la distribución geográfica de las especies que de ella se deduce. Agassiz, por el contrario, abandonó más tarde la teoría de la edad glacial, porque, fascinado por la doctrina de las revoluciones del globo planteada por Cuvier, pretendió explicar la destrucción del mundo orgánico existente en aquella época, por la súbita invasión de la edad glacial y por la catástrofe que, como consecuencia de ella, se produjo.

No necesito ocuparme con más extensión de la edad glacial ni indicar exactamente sus límites, y hasta puedo abstenerme de ello, con tanta más razón, cuanto que es este un asunto muy debatido en la geología moderna. Si queréis conocer la exposición detallada de este punto, podéis consultar las obras de Cotta, Lyell, Vogt, Zittel, etc. Lo único que nos interesa para nuestra teoría, es poner en evidencia el importante papel que desempeña aquella edad en la explicación de los más áridos problemas de la corología, cuyo papel ha sabido Darwin determinar perfectamente.

Ninguna duda cabe de que, por ejemplo, aquella extensión de las neveras en las zonas que en el día son templadas, ha debido influir considerablemente en la distribución geográfica y topográfica de los seres orgánicos hasta el punto de metamorfosearla totalmente. A medida que el frío polar progresaba lentamente hacia el Ecuador, cubriendo con una capa de hielo las tierras y los mares, debía llevar ante sí la totalidad de los seres vivos, que no tenían otra alternativa sino emigrar ó morir de frío. Pero como las zonas templadas y las tropicales es probable que entonces no tuvieran una fauna y una flora ménos ricas que las que tienen en el día, los habitantes de aquellas regiones y los que á ellas emigraban debieron entablar una terrible lucha por la existencia, que se continuó sin duda algunos

millares de años, y durante la cual muchísimas especies sucumbieron y otras se modificaron trasformándose en especies nuevas. La distribución geográfica de las especies debió, pues, cambiarse por completo, con lo cual se volvió á encender, con nuevo furor, la guerra por la existencia, la que metamorfoseó nuevamente las especies hasta que, llegada la edad glacial á su máximun de intensidad, empezó á declinar, y, elevándose de nuevo la temperatura durante el período post-glacial, los seres orgánicos se dirigieron nuevamente hácia los polos.

Seguramente que tan profunda revolución climatológica fué un acontecimiento geológico, que influyó notabilísimamente en la distribución de las formas orgánicas. Existe un fenómeno corológico, oscuro é importante, cuya explicación la dá de la manera más sencilla aquel acontecimiento; este fenómeno es la identidad específica de multitud de organismos alpinos y polares. Hay muchas formas animales y vegetales típicas que son comunes á aquellas dos regiones, y que, sin embargo, no existen en los inmensos espacios que entre ellas median. En el actual estado climatológico, una emigración hecha por aquellas especies, desde las regiones polares hasta los Alpes, ó viceversa, sería difícilmente admisible, puesto que sólo podría verificarse en casos excepcionales; pero aquella emigración no solo ha podido, sino que ha debido efectuarse durante la lenta invasión y el lento retroceso de la edad glacial. Puesto que los hielos de la Europa septentrional han avanzado hasta nuestros terrenos alpinos, los organismos polares, arrastrados por ellos, las gencianas y las saxifragas, los zorros y los lievres polares, han podido entonces poblar la Alemania, ó en general la Europa central; y cuando la temperatura volvió á elevarse, una parte de aquella población ártica regresó á las zonas polares, siguiendo el movimiento de los hielos; y la restante; trepando hasta un lugar conveniente de las altas montañas, encontró allí un clima que le convenia. Tal es la sencilla solución del problema.

He insistido en la teoría de las emigraciones no solo por que explica la dispersión, en todos sentidos, de cada especie animal y vegetal á partir de una patria original y primitiva, ó de un centro de creación y si que también porque dá la razón de la distribución de una especie dada, en una parte mayor ó menor de la superficie ter-



restre. Las emigraciones de los animales y plantas interesan mucho á la teoría de la evolución, puesto que pueden aclarar el origen de las nuevas especies. Unos y otras encuentran en efecto, en su nueva pátria, lo mismo que los emigrantes humanos, condiciones de existencia distintas de aquellas á las cuales estaban hereditariamente acostumbrados; á cuyas nuevas é insólidas condiciones debe el emigrante adaptarse, ó perecer. Pero por el hecho de la adaptación, el carácter particular ó específico del organismo se modifica proporcionalmente á la diferencia que existe entre las nuevas y las antiguas condiciones. El nuevo clima, la nueva alimentación, y, sobre todo, la proximidad de nuevas especies animales y vegetales, tienden á transformar el tipo hereditario de los emigrantes, los cuales, si no poseen una gran fuerza de resistencia, acaban por producir especies nuevas. Esta metamorfosis de la especie emigrante, ocasionada por la influencia de los cambios ocurridos en la lucha por la existencia, se efectúa, en gran parte de los casos, con tal rapidez, que basta que pasen algunas generaciones para que se cree una especie nueva.

Bajo este aspecto, la emigración obra principalmente en los seres orgánicos, que tienen los sexos separados, porque en ellos la producción de nuevas especies por la selección natural está coartada ó amortiguada, sobre todo por la mezcla sexual fortuita de su posteridad, en vías de variación con el tipo primitivo intacto, cuyo cruzamiento hace que las variedades retrocedan á la forma original; pero si aquellas variedades han emigrado, si se han separado lo suficiente de su antigua pátria, ya salvando una conveniente distancia, ya por medio de barreras naturales como la mar, las montañas, etc., no existe entonces el peligro de un cruzamiento con la forma-tipo, y merced á su aislamiento, no pueden las formas emigradas, que están en vías de pasar á una nueva especie, retroceder á la forma-tipo por el hecho de un cruzamiento.

El ingenioso viajero Mauricio Wagner, de Munich, es el que más ha insistido en la importancia del papel que desempeña la emigración, aislando las especies venidamente producidas, é impidiendo su retroceso al antiguo tipo específico. En un folleto titulado *La teoría de Darwin y la ley de las emigraciones de los organismos*.

Wagner, que tiene una gran experiencia en es

tas cuestiones, cita multitud de notables ejemplos que confirman la teoría de las emigraciones expuesta por Darwin en los capítulos XI y XII de su obra; y ponen, además, en evidencia, de un modo especial, la utilidad del perfecto aislamiento de las especies emigradas, bajo el punto de vista de la formación de especies nuevas. Wagner ha resumido, en las tres siguientes proposiciones, la acción de las sencillísimas causas "que é imitan la forma en la especie, y le imprimen un carácter típico diferencial":

Primera. Cuanto más considerable es la suma de las diferencias de medio, con las cuales los seres orgánicos se encuentran al emigrar á una nueva región, tanto más enérgicamente debe manifestarse la variabilidad inherente á todo organismo.

Segundo. Esta exagerada variabilidad, cuanto menos perturbada sea en su incesante trabajo de metamorfosis por la mezcla con numerosos emigrantes rezagados, de la misma especie, tanto mejor conseguirá la naturaleza formar nuevas variedades ó razas, es decir, principios de especies, por medio de la acumulación de los caracteres y de su trasmisión hereditaria.

Tercero. Cuanto más ventajosas sean para la variedad las modificaciones orgánicas de detalles que sufra, tanto más en armonía están con el medio en que reside, cuanto mejor se efectúa, al principio en un nuevo territorio, la selección de una variedad y por más largo tiempo se encuentra libre de perturbaciones, y sin mezclarse con los emigrantes rezagados, más probabilidades tiene de convertirse en una especie nueva.

Podemos admitir, sin vacilar, estas tres proposiciones de Mauricio Wagner; así como debo advertir que, cuando aquel viajero pretende que la emigración y el aislamiento que de ella resulta son condiciones necesarias para la aparición de nuevas formas, está completamente equivocado.

Segun él, "para que se forme una nueva especie, para que la selección natural pueda obrar, es indispensable una larga separación entre los colonos y sus antiguos congéneres. El efecto inevitable del cruzamiento ilimitado, de la libre mezcla sexual entre todos los individuos de una misma especie, es la uniformidad; y entonces las variedades, cuyos caracteres no han



sido fijados por una serie de generaciones, vuelven al tipo primitivo.

En esta proposición pretende Wagner resumir el resultado de su trabajo; pero sólo podría hacerlo si todos los organismos tuviesen los sexos separados, y si la mezcla de los machos con las hembras fuese el único medio posible de producción de nuevos individuos. Pero no siempre sucede esto; y es, en verdad, muy extraño que ni una palabra diga Wagner de los muchos hermafroditas que reúnen los órganos sexuales masculinos y femeninos, y que, por lo tanto, pueden fecundarse á sí mismos, y que no se ocupe de los individuos que no tienen sexo. Desde las más antiguas edades de la historia orgánica terrestre, han existido y existen todavía miles de especies orgánicas, entre las cuales no hay ninguna diferencia sexual, ni jamás se efectúa la generación sexual, puesto que todas ellas se reproducen invariablemente por fisiparsidad, por gemación, por formación de esporos, etc. El inmenso reino de los protistas, las móneras, las amibas, los mycomicetas, los rizópodos, y en una palabra, el conjunto de los organismos inferiores, que nos vemos forzados á colocar en un reino de protistas, intermedio de los reinos vegetal y animal, son seres que se reproducen todos ellos únicamente por generación asexual. Este grupo es el más importante bajo el punto de vista morfológico, y hasta se puede, en cierto modo, decir que es el más rico en formas diversas, porque en él se encuentran realizadas todas las formas principales que son geométricamente posibles, como de ello nos dá una buena prueba la admirable clase de los rizópodos, á la que pertenecen los acytarios de caparazones calcáreas y los radiolarios de caparazones silíceas. (Véase la lección XVI.)

La teoría de Wagner no es aplicable ni á todos aquellos organismos asexuados, ni á todos los hermafroditas, ni á los turbelariados, los tremátodos, los cestoides, ni á la mayor parte de los gusanos, ni á los notables hunicarios, aquellos invertebrados tan próximos á los vertebrados, ni á otra multitud de organismos que pertenecen á distintos grupos, especies todas que en su mayor parte son producidas por la selección natural, y en las que es, por lo tanto, imposible todo cruzamiento con el tipo primitivo.

Según os he hecho observar en la lección

octava, el origen de los dos sexos, y por consiguiente toda la generación sexual, deben ser considerados como fenómenos que pertenecen á épocas relativamente recientes de la historia orgánica de la tierra, y como productos de la diferenciación ó de la división del trabajo. No cabe duda que los más antiguos organismos terrestres se han reproducido nada más que por medio de los más sencillos procedimientos asexuales; y aún en el día los protistas, lo mismo que las células que constituyen los organismos superiores, continúan reproduciéndose por generación asexual. En estos grandes grupos, en todas partes nacen también nuevas especies, que son producto de la selección natural obrando por diferenciación.

Pero aún cuando nos limitásemos nada más que á considerar las especies animales y vegetales que tienen los sexos separados, deberíamos censurar la proposición fundamental en que Wagner establece que «la emigración de los organismos y su colonización habrán sido la condición previa y necesaria para el juego de la selección natural.» Augusto Weismann, en su Memoria «sobre la influencia del aislamiento en la formación de las especies,» ha refutado ya esta proposición, demostrando á la vez que, en un distrito circunscrito, puede una especie subdividirse en muchas, bajo la influencia de la selección natural. Antes de terminar estas observaciones, deseo insistir de una manera especial en el gran valor de la división del trabajo ó de la diferenciación, necesaria consecuencia de la selección natural. Todas las distintas especies de células que constituyen los cuerpos de los organismos superiores, las células nerviosas, las células musculares, las células glandulares, etcétera, que entre los organismos elementales son buenas especies; proceden simplemente de la división del trabajo suscitada por la selección natural, por más que nunca hayan estado aisladas en el espacio, sino que, por el contrario, viven desde su origen en una íntima unión social. Pero lo que es cierto para los organismos rudimentarios ó «de orden primitivo,» lo es también para los organismos policelulares ó de orden más elevado, puesto que, de un modo secundario y en virtud de la asociación de los primeros se han convertido los segundos en «buenas especies.»

Creo, como Darwin y Wallace, que la emi-



gracion de los organismos y su aislamiento en su nueva patria, son favorables y ventajosas condiciones para la formacion de nuevas especies; pero lo que no puedo conceder es que aquellas condiciones sean tan necesarias, que sin ellas seria imposible la formacion de una nueva especie, como Wagner supone. Si Wagner quiere establecer, como ley especial de las emigraciones "que la emigracion es una condicion necesaria de la seleccion natural" afirmo por mi parte, que esta ley está desmentida por los hechos que dejo citados. En las anteriores lecciones he demostrado que la formacion de nuevas especies por la seleccion natural es una necesidad matemática y lógica, que únicamente resulta de la combinacion de tres grandes hechos fundamentales, á saber: la guerra por la existencia, la facultad de adaptacion, y la facultad de herencia de los organismos.

En cuanto á los numerosos é interesantes hechos que nos presenta el detallado estudio de la distribucion geográfica y topográfica de las especies orgánicas, hechos que desvanecen todo lo que aparentemente tienen de maravilloso la teoría de la seleccion y la de las emigraciones, no me es posible insistir en este lugar, viéndome precisado á recomendaros la lectura de los ya citados escritos de Darwin, Wallace y Moritz Wagner, en los cuales se expone detalladamente la importante teoría de los límites de la distribucion geográfica, cuales son los rios, los mares y las montañas, apoyándola en numerosos ejemplos. Me contentaré únicamente, despues de esto, con citar tres hechos que tienen especial importancia: el primero es el íntimo y notable parentesco morfológico, "el aire de familia", que existe entre las formas locales características de una region, y las de sus antepasados extinguidos ó fósiles de la misma region; el segundo es el no ménos notable "aire de familia" que existe entre los habitantes de un archipiélago dado y los del continente más próximo, del cual aquel archipiélago ha recibido su poblacion; y el tercero y último, es el carácter particular que en general se observa en la composicion de las floras y faunas de las islas.

Todos los hechos corológicos citados por Darwin Wallace y Wagner, como son la notable limitacion de las faunas y de las floras locales, la analogía de los habitantes de las islas con los de los continentes, la amplia extension de las espe-

cies llamadas cosmopolitas, el íntimo parentesco de las actuales especies locales con las fósiles de las mismas regiones, y la posibilidad de demostrar la irradiacion de cada especie á partir de un punto de creacion único, son hechos que, del mismo modo que otros muchos relativos á la distribucion geográfica y topográfica de los organismos, se explican con sencillez y claridad por las teorías de la seleccion y de las emigraciones, sin cuyo auxilio serian ininteligibles. Hemos encontrado, por lo tanto, en toda esta serie de fenómenos, una nueva y segura prueba de la verdad de la doctrina geneológica.

ERNESTO HAECKEL.

(Traduccion de Claudio Cuveiro.)

## NOTAS DE VIAJE.

### LA ISLA DE CAPRI.

DEL DIARIO DE CAPRI.

8 de Julio de 1878.—Salimos de Roma un pintor compatriota mio y yo, con intencion de visitar la celebrada isla de Capri, sirena encantadora que desde el golfo napolitano atrae á los artistas que recorren el bello país del arte.

Dimos con nuestras personas en un compartimento atestado de mujeres tales, que sólo el sexo recababa para ellas la galante consideracion que su propia fealdad les negaba. Parecian mónstruos evocados en noche horrenda por un espíritu burlesco, agitado por el desasosiego de calenturientas pesadillas. Sin que esto sea alabarnos, puede decirse que ambos varones componiamos el bello sexo de aquella compañía.

En todas partes cuecen habas, y no es en los países de la hermosura donde ménos abundan las excepciones que confirman la regla.

Llegamos á Nápoles, que nos produjo el efecto de siempre. Movimiento bullicioso y alegría de la naturaleza que se complace en ostentar sus gracias ante el inmenso zurriburri de la ciudad alocada. Al entrar por *Porta Campana*, al comienzo de la tarde, vimos el trozo de mar plumizo que con tan vários y suaves colores se embellece en el trascurso de las horas, hasta que la noche vela con sombras la extension de los cielos.

A las ocho nos dirigimos al muelle en busca de la barca que habia de conducirnos á la isla. Estaba aquella tripulada por doce marineros capristas



hábil en el manejo del velamen, acostumbrados á la ruda faena del remo. El dueño de la embarcacion estaba investido de la dignidad de capitán gerárgico además de ser timonel.

Era sábado; el buque admitia carga y pasajeros; no una carga así como se quiera, sino compuesta del más selecto consumo que Capri importaba de Nápoles para la celebracion del domingo. En cuanto á los pasajeros, baste decir que componíamos la clase algunos isleños, isleñas é isleñitos; tan pobres de trage como alegres de rostro y francos de trato; de dos guardias civiles que viajaban en servicio y de nuestras personas.

Después de esperar una hora á que los marineros colocaran en la barca un sin fin de cestas de pescado, canastos de comestibles, lios de ropa, baules y otros bultos; después de esperar otra media hora á que el capitán se despidiera de todos sus compadres, oyendo todos sus encargos y contestando á todas sus preguntas; cuando ya el respetable personaje, hombre de excesiva pachorra, saltó sobre la popa, dió sus órdenes á los tripulantes, saludó á los pasajeros y tomó una presa de tabaco, fué cuando la barca, trincando por coyunturas al primer impulso de los remos, comenzó á alejarse suavemente del embareadero.

Entonces tomaron las cosas enormes proporciones. El golfo de Nápoles, tan pacífico desde tierra, firme como un lago romántico, nos pareció el tumultuoso Océano. Las veinte millas que median desde Nápoles á Capri, se multiplicaron en nuestra imaginacion. El timonel, cuyo estilo fuera objeto de nuestras burlas media hora ántes, se convirtió en verdadero capitán á quien los marineros obedecian ciegame. La barca, insignificante juguete que por la tarde habíamos visto mecerse entre un bosque de jarcias, nos pareció un buque de alto bordo, colocados como estábamos al pié de sus palos desvanecidos en el azul oscuro de la atmósfera. Hasta los dos guardias civiles se nos representaron como imponentes autoridades militares, con caras de Jano, una terrible para amedrentar al paisano criminal, y la otra sonriente como brindando proteccion al extranjero.

La travesía de Nápoles á Capri se hace en tres horas, reinando viento favorable á todo trapo; se emplea más tiempo si se combina el remo con la vela; pero á veces se tardan ocho horas, navegando á palo seco. De semejante manera nos tocó á nosotros navegar, sin una racha de viento favorable ó adverso. Tres fases presenta el paulatino alejamiento de la costa.

La primera se caracteriza por el continuado reflejo en las aguas movibles de la larga fila de luces procedentes de los faroles del muelle, y de algunas efímeras como las de los coches, tramvías, etc.

Forman el conjunto de los faroles una línea de puntos luminosos que no es completamente recta á causa de algunas ondulaciones que la quitan monotonía. En la segunda, la línea aparece como bella faja de luz clara; convirtiéndose, en la tercera fase, en roja luz de hoguera, que se obstina en no borrarse hasta que ténuamente desaparece.

Durante la mayor parte de la travesía, el viajero va contemplando con la vista la punta del promontorio Pausilipo, que separa los golfos de Nápoles y Pozzouli, dibujada con limpieza; la suave curva de la marina, hasta Portici, iluminada; á la derecha de la ciudad la isla de Ischia; la izquierda la confusa falda del Vesubio, y más adelante las montañas de Sorrento. Con la imaginacion puede ir figurándose á Capri, punto cubierto constantemente por la proa del barco.

La luna y las estrellas brillando en la inmensa bóveda celeste, el cabrilleo de su luz en la vasta superficie del mar, los tonos espléndidos de las aguas, que suponen la existencia de manadas de séres en sus vívidos senos, atraen el ánimo con su hermosura, incitándole suavemente á filosofar sobre los misterios de la creacion; al paso que las faenas de los marineros que gritan para infundirse mutuamente fuerzas, y el resuello de los delfines que rodean la barca, acompañándola como seguros guías, le distraen á menudo en sus filosofías.

Cansados ya, llegamos al amanecer á la isla, sirviendo de espectáculo á los grupos de gente que nos esperaban en la ribera de la *Marina Grande*, compuestos de curiosos y de cargueros de ambos sexos.

La primera impresion de la isla no es muy agradable. Por su parte oriental, ó frente á Nápoles, es un anfiteatro de viñedos salpicado de casas blancas, encajado entre dos peñones. El peñón de la derecha de la isla, visto por la noche destacándose en negro, como más tarde pudimos observar, parece una gigantesca esfinge, de alto lomo, cuya cabeza descansa entre las patas de lanteras.

Debe su raro aspecto al suelo volcánico cortado á pico, cubierto de extraña vegetacion, en sitios espesa, en sitios raquítica, interrumpida á grandes trechos por peñascos que cortan el espacio, embelleciendo el paisaje. Gran número de olivos, que con las viñas constituyen la principal riqueza del país, así como los mirtos, áloes y cactus dominan en aquella vegetacion.

Por donde quiera se nota la parquedad, rasgo distintivo de la isla considerada material y moralmente. La ribera es de escasa amplitud; los hoteles que desde ella asciende diseminados á las alturas, son de apariencias modestas; los caminos y



veredas lo estrictamente anchos para el tránsito. Allí no se puede desperdiciar el terreno aprovechable.

Unas cuantas cargueras, con la falda á media pierna, se entraron por el agua para abordar la barca y echarse á cuestras-nuestros equipajes.

Subimas tras ellas en direccion al *Hotel de la gruta azul*, uno de los más próximos, pues la mayoría de ellos están en la parte alta.

Asomados al terrado de la plazoleta en que está la fonda, pudimos contemplar la inmensa llanura del golfo, percibiendo la hermosa línea del muelle de Nápoles, cuya distancia parece fabulosa desde allí. El Vesubio y Sorrasto componen artísticamente en tan admirable cuadro. La luz es de una dulzura y transparencia sin rival. El mar ostenta profundo color azul que se cambia en verde sobre los escasos fondos de arena que la orilla deja al descubierto. No es la marina de Capri suave, poética, elegante, placentera como las playas de Niza; ni compararse puede con la bella, amplia y fina del Lido; así como tampoco se asemeja á la soberbia del magnífico Sardinero de Santander, únicas que recuerdo ahora entre las importantes que he visto. Por el contrario, es muy pobre, pero de una pobreza que cautiva; y el fondo de sus aguas está oscurecido por las algas, porretos y otras plantas, lo mismo que por las ruinas de los edificios romanos, que en aquellos parajes se construyeron.

10 de Julio.—La vida en el hotel es esencialmente democrática. Casi todos ellos se ven frecuentados por pintores que acuden á la isla á hacer estudios de luz y de país. Con semejantes huéspedes, es de presumir la alegría cuando no el desconcierto bullicioso que los anima. Señores y criados se divierten juntos, sin que haya clases ni gerarquías sociales mas que á la hora de pagar, cuando el señor dá la propina al criado que fué su compañero de jaleos.

La costumbre es levantarse temprano, tomar el desayuno; leer, pintar ó escribir, segun los gustos ó profesion de cada cual; bañarse despues; luego comer y sestar, bien durmiendo, bien conversando bajo los emparrados. Por la tarde se bañan los que no lo han hecho por la mañana, y los que lo hacen por partida doble. Se organizan escursiones terrestres ó marítimas, en burra ó en barca. Por la noche se cena y se habla de sobremesa, terminada la cual, cada mochuelo toma su olivo, hasta el nuevo dia.

Delante de las fondas hay siempre grupos de muchachos con burras para las escursiones por tierra, y de chicos que avisan á los barqueros para las escursiones por mar. Unas y otros entretienen sus ócios pidiendo *un soldo* á los extranjeros, los

cuales entretienen los suyos arrojando monedas á los chicos, que se las arrebatan.

En cada hotel se nota la huella del paso de los artistas. Algunos son un verdadero museo de caprichosos, cómicos ó intencionados dibujos trazados sobre las paredes. En otros hay álbums en que aparece retratado todo huésped ó doméstico con la caricatura del defecto ó rasgo que le distingue. El registro en que por orden y con intervencion de la autoridad se vé obligado el dueño á inscribir á sus pupilos, es una coleccion de agudezas. Cada casilla está llena de ocurrencias felices.

La gente del Norte es la que más alborota. Los sesudos alemanes, los serios ingleses, los frios rusos, noruegos y demás, no se cansan de inventar travesuras. Efecto sin duda de la vida que Italia les infiltra, ó de que los artistas son iguales en todas las partes.

Los españoles, en Capri, como en todos los pueblos del mundo civilizado á donde llegamos, somos conocidos por el continuo empleo de tres de nuestras usuales interjecciones, precisamente de las que no están en el Diccionario. Esta circunstancia dió lugar á una situacion cómica y vergonzosa. Hallándose en el hotel, y en compañía de mi compatriota y mia, una señora tambien española, se nos presentó un pobre chico isleño, conocido por lo listo que es para buscárselas, diciendo que él sabia hablar español. Y apenas le indicamos que lo efectuara, cuando nos soltó clara y rotundamente esas tres interjecciones llamadas en conjunto y con irreligiosa impropiedad la *oracion de San Antonio*, con lo cual bien se comprende que la dama se puso colorada al oirle, y nosotros nos amostazamos, aunque no nos cabia la risa en el cuerpo. El muchacho habia aprendido á rezar de aquella manera sirviendo á pintores españoles.

11 de Julio.—Es digno de observacion el variado efecto de luz que el golfo, el cielo y las peñas ofrecen desde que el sol acaricia la isla con el suave claro de la mañana, hasta que se estiende sobre ella el inmenso manto espléndido que bordan las estrellas.

Estamos en frente de Nápoles. A las primeras horas del dia se ve en diversos puntos una ligera bruma de diversa intensidad, á través de la cual aparecen confusas las montañas del último término, sin que se borren sus contornos, accidentados á trechos por las nubes. En gradacion de mayor claridad, surgen de izquierda á derecha las islas de Ischia y Prócida, el promontorio de Massa y el cabo de Tiberio, en el Sudeste de la isla, completamente límpido, aunque en sombra por la parte de adentro.

El Vesubio, en frente del espectador, se baña



en media luz. El golfo tiene en su amplitud un reflejo claro que no ofende la vista, sino es en una seccion en que el sol riela.

El recto penacho blanquecino del volcánico monte anuncia buen tiempo, llegando casi hasta nosotros su imágen estendida por las aguas.

Bajo la directa influencia de la luz solar, el cabo de Massa demuestra la aridez de sus peñas, escasamente manchadas con algunos golpes de vegetacion.

El cielo se tiñe de un azul ligerísimo é igual.

Hácia el Mediodía, la fina línea azulada con qué las aguas señalaban el márgen de la ciudad, se va extendiendo por la superficie del golfo, viéndose interrumpidas su monotonía por granjas vigorosas, producidas por las corrientes semejantes á las estelas que dejan tras sí los buques. Aquí y allá blanquean algunas barcas.

Se perciben todos los detalles del primer término completamente iluminado. El peñon de Tiberio está entre sol y sombra. Se divisan los puntos de la peña, encantadora, larguísima línea enarcada que forman las casas de la Alorina metropolitana, desde Pierzecoli hasta Castelamare.

Al declinar el sol, una rica variedad de tintas comprendidas entre el púrpura y el verde de los vidrios antiguos, matiza las nubes, modificando el color del mar, cuya superficie funde el azul primero en una tinta clara y luminosa. Diversos tonos violados pintan las montañas, segun la posicion de ellas, distinguiéndose la roca de Tiberio un fuerte amarillo tostado, que el verdor de las plantas y las sombras proyectadas por las rocas salientes oscurecen. La marina de Capri, rodeada de un ambiente de ternura como creado por el crepúsculo vespertino, aparece pobrememente ataviada con sus casitas blancas y sus barcas alineadas.

A medida que el sol se hunde en los mares, se acentúan el color violeta de las montañas lejanas. Las próximas toman tonos grises, cada vez más oscuras. hasta que empiezan á brillar las estrellas, desvaneciéndose en masas confusas los contornos montañosos. Se alza negra, inmensa, la punta del cabo de Tiberio, como silenciosa erfige que guarda la entrada del golfo de los Misterios. Hay luces de barcas á las orillas. A lo lejos brilla tenuemente el hilo de luz que los faroles del muelle de Nápoles forman. El cielo centellea, y el alma se recoje, dilatándose despues en el seno de la naturaleza.

13 y 14 de Julio.—Fueron los dias destinados á una escursion alrededor de la isla, cuyo perimetro es de nueve millas. Para formarse idea de los lugares recorridos hay que figurarse la isla como un tronco humano, de estrecha cintura y

ancho pecho. La parte alta, situada al Norte, está determinada por tres puntos, casi en línea recta, la de la *Ancera*, la de *Camerelle*, y la de *Carena*. Circunscriben la cintura las dos marinas, *Grande* y *Pequeña*, aquélla en la parte Oriental, y ésta en la Occidental. La accion inferior, bastante irregular, va desde la punta de *Tragara*, al Oeste, sigue con la de *Marzullo*, continúa con las salientes de dos montañas llamadas *Toro grande* y *Toro pequeño*, y termina en el *Cabo de Tiberio*. De modo que desde el Cabo hasta la punta de *Ancera*, es el Levante; desde ella hasta la de *Carena*, el Septentrion; desde la de *Carena* hasta la de *Tragara*, el Poniente; de aquí al Cabo de *Tiberio*, el Mediodía.

A fin de no cansarnos mucho ni fatigar en demasia á los dos remeros que en su bote nos con-jeron, decididos mi paisano y yo dar la vuelta en dos dias; el primero desde la Marina Grande á la Pequeña, y el segundo de esta á la Grande. La mar bella, y el horizonte risueño, nos compensaban de las molestias del calor.

La primera curiosidad con que tropezamos fueron las ruinas de la *Villa Cibele*, llamada tambien *Palucio*, llamada tambien *Baños de Tiberio*, visibles bajo el agua. Encima de ellas, practicada en la tierra firme, como es de suponer, comienza la escalinata que servia antiguamente de camino para ir á Anacapri, ó Capri Superior, uno de los dos municipios componentes de la isla.

La susodicha villa, más otras once, fueron construidas por orden de Tiberio, quien las dedicó á cada uno de los doce dioses mayores. Sabida es la predileccion con que el sanguinario emperador miraba la agreste *Caprea*, llena de sus recuerdos, aturdida en la antigüedad con el estrépito de las orgías de la córte tiberiana.

F. MOJA Y BOLIVAR.

(Concluirá.)

## MISCELÁNEA.

### TEATROS.

El lunes próximo dará principio á sus tareas artísticas la compañía dramática organizada por la empresa del teatro de Apolo, con la preciosa comedia de D. Pedro Calderon de la Barca, *El médico de su honra*.

Tres dias despues se verificará el estreno de una comedia en tres actos y en verso titulada *La opinion pública*, original del Sr. D. Leopoldo Cano.



En ambas obras tomarán parte los Sres. Morales y Vico y las Sras, Marin y Contreras.

\*\*

En el teatro Español se dispone para la mayor brevedad una obra nueva de D. José Echegaray, titulada *Correr en pos de un ideal*.

La comedia *El anzueto*, que estos días se representa, proporciona merecidos aplausos á los primeros actores D. Ricardo Calvo y D. Mariano Fernandez.

\*\*

El teatro de la Comedia ha ofrecido en esta semana dos estrenos, y en los dos ha sido afortunado. El primero fué el de un juguete en un acto y en verso, titulado *Pobre porfiado...*, de D. Eusebio Blasco, en cuyo desempeño se distinguieron mucho la Sra. Fernandez y el Sr. Mario; y el segundo el de una comedia en tres actos, titulada *Contra viento y marea*, de D. Miguel Echegaray, en la que tambien obtuvieron justos aplausos el Sr. Mário y la Sra. Alvarez Tubau.

\*\*

Otro estreno ha tenido lugar recientemente en el teatro de Eslava: el de una pieza original del Sr. Chacel, que lleva por título *El afán de bullir*, y á cuyo buen éxito contribuyó notablemente la esmerada interpretacion que tuvo por la Sra. Vedia y del Sr. Mariscal.

\*\*

La empresa del teatro del Príncipe Alfonso, agradecida al favor de sus abonados, ha dispuesto, en obsequio de los mismos, que en las funciones que faltan para terminar la temporada puedan ocupar sus respectivas localidades, tomando únicamente la entrada.

\*\*

En el teatro Real se ha vuelto á cantar *Rigoletto*, que fué la ópera con que se inauguró la temporada; y despues se ha ejecutado *El Trovador*, en cuya obra obtuvieron merecidísimos aplausos las Stas. Borghi-Mamo y Sanz, y los Sres. Verger y Saní.

Uno de estos días se cantará *Los Hugonotes*, en la que tomará parte el tenor español Sr. Gayarre.

## BIBLIOGRAFIA.

*Almanaque de los Niños para 1879*, publicado por D. Manuel Ossorio y Bernard, y redactado por las Sras. Castro de Murguía, Sinués y María de la Peña, y los Sres. Alvarez, Arnao, Baron de Córtes, Barranco, Castillo, Fernandez, Font, Gracea, Guillen, Lartundo, Liern, Leonard, Llanos, Marcos, Ossorio, Perez, Ruiz, Segovia, Trueba, Vega, Virto, Zamora y Zapata.

Un volúmen en 8.º de 140 páginas. Madrid, 1878. Establecimiento tipográfico de E. Cuesta.

Se vende al precio de 2 reales en toda España.

\*\*

*El siglo XIX juzgado por un romano del tiempo de Julio César*. Version castellana, por D. Antonio Perez Rioja. Un volúmen en 8.º, de 120 páginas. Soria, 1878. Imprenta de "El Anunciador soriano."

\*\*

*Vida y Misterios de Cristo Nuestro Señor*, por el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesús. Edicion de todo lujo, precedida de un prólogo por el P. Miguel Mir, de la misma Compañía, adornada con un admirable grabado, debido al buril del Sr. Maura, del célebre *Cristo* que llaman de *San Plácido*, cuadro en que el génio de Velazquez trasladó al lienzo los dolores físicos y aún los morales del Hijo de Dios moribundo.

Esta obra forma un tomo en 8.º de 416 páginas, con portada en rojo y negro. Se halla de venta en las principales librerías al precio de 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Para ponerla al alcance de todas las fortunas, se ha publicado separadamente la *Vida de Cristo* sin los discursos sobre los misterios, en un tomo de 107 páginas destinado á los centros católicos y á las Escuelas de Instruccion primaria, como libro de lectura, y que se vende á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

\*\*

*El manojo de espigas*, drama en un acto y en verso, original de D. Emilio Alvarez Jimenez, premiado con medalla de plata en el Certámen literario celebrado en Lugo en Octubre de 1877.— Un volúmen en 8.º, de 44 páginas. Lugo, 1878. Imprenta de Soto Freire.

\*\*

*Lecciones de Aritmética*, dedicadas á los sargentos y cabos del ejército, por el coronel graduado, comandante de Ingenieros, D. Honorato de Saleta y Crucent. Segunda edicion. Un volúmen en 4.º, de 60 páginas. Barcelona, 1878.

Se halla de venta al precio de 4 reales en la administracion del *Correo Militar*, San Gregorio, 5, principal, Madrid, y en la librería de Verdager, de Barcelona.